

## S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI DE CATECHIZANDIS RUDIBUS LIBER UNUS.

San Agustín, solicitado por un diácono de Cartago, asume la tarea de enseñar el arte de catequizar: y primero ofrece preceptos para que este oficio se realice no solo con un método cierto y una razón adecuada, sino también sin tedio y con alegría. Luego, tras aplicar los preceptos a la práctica, él mismo presenta como ejemplo dos sermones preparados para instruir a quien desea ser cristiano, uno más largo y otro muy breve.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Solicitado por un diácono de Cartago, escribe sobre la catequización de los principiantes. Me pediste, hermano Deogratias, que escribiera algo para ti sobre la catequización de los principiantes, que te fuera útil. Dijiste que a menudo en Cartago, donde eres diácono, te llevan a personas que deben ser introducidas por primera vez en la fe cristiana, ya que se te considera poseedor de una gran habilidad para catequizar, tanto por la doctrina de la fe como por la suavidad del discurso; pero que casi siempre te encuentras en dificultades para comunicar adecuadamente aquello que creemos como cristianos, cómo debe comenzar y hasta dónde debe llegar la narración; si debemos añadir una exhortación al final de la narración, o solo preceptos, para que quien nos escucha sepa que la vida y profesión cristiana se mantienen observándolos. Confesaste y te quejaste de que a menudo te ha sucedido que, en un discurso largo y tedioso, te despreciabas a ti mismo y te resultabas fastidioso, y mucho más a aquel a quien estabas instruyendo con tu discurso, y a los demás que estaban presentes escuchando: y que esta necesidad te había obligado a recurrir a mí con la caridad que te debo, para que no me molestara escribirte algo sobre este asunto entre mis ocupaciones.

2. En verdad, no solo me siento obligado por la familiaridad que tengo contigo, sino también por la caridad y el servicio que debo a la Iglesia universal, si el Señor, por su generosidad, me permite ofrecer algo a través de mi trabajo, y Él mismo ordena que aquellos a quienes ha hecho mis hermanos sean ayudados, de ninguna manera debo rehusar, sino más bien asumirlo con voluntad pronta y devota. Cuanto más deseo que se distribuya ampliamente el dinero del Señor, tanto más debo, si conozco que mis compañeros dispensadores sienten alguna dificultad al distribuirlo, hacer todo lo que esté en mi mano para que puedan hacerlo fácil y expeditamente, lo que desean con diligencia y esmero.

### CAPÍTULO II.

3. A menudo el discurso que agrada al oyente desagrade al que lo pronuncia: de dónde proviene esto. Quien tiene el discurso debe procurar hablar sin tedio y con alegría. Pero en lo que respecta a tu consideración particular, no quisiera que te preocuparas por el hecho de que a menudo te parece que tienes un discurso insulso y tedioso. Puede suceder que a quien instruías no le haya parecido así, sino que, como deseabas que se escuchara algo mejor, lo que decías te parecía indigno de los oídos de los demás. Pues a mí casi siempre me desagrade mi propio discurso. Soy ávido de algo mejor, que a menudo disfruto interiormente antes de comenzar a expresarlo con palabras sonoras: cuando no logro expresarlo tan bien como lo conozco, me entristece que mi lengua no haya podido corresponder a mi corazón. Todo lo que entiendo, quiero que lo entienda quien me escucha; y siento que no hablo de tal manera que lo logre: especialmente porque esa comprensión inunda el alma como un relámpago rápido; pero esa locución es lenta y larga, y muy diferente: y mientras se desarrolla, ya se ha retirado a sus secretos; sin embargo, porque ha dejado ciertas huellas impresas de manera maravillosa en la memoria, esas huellas perduran con las sílabas; y a partir de esas huellas

realizamos signos sonoros, que se llaman lengua latina, griega, hebrea, o cualquier otra; ya sea que se piensen estos signos, o incluso se pronuncien en voz alta; mientras que esas huellas no son propias ni del latín, ni del griego, ni del hebreo, ni de ninguna otra nación, sino que se forman en el alma como el rostro en el cuerpo. Pues la ira se dice de una manera en latín, de otra en griego, y de diversas maneras en otras lenguas: pero el rostro del iracundo no es ni latino ni griego. Así que no todas las naciones entienden cuando alguien dice "Estoy enojado", sino solo los latinos: pero si el afecto del ánimo iracundo se manifiesta en el rostro, todos los que miran entienden que está enojado. Pero tampoco se pueden sacar y extender esas huellas en el sentido de los oyentes a través del sonido de la voz, como es abierto y manifiesto el rostro: pues aquellas están dentro del alma, este fuera en el cuerpo. Por lo tanto, se debe conjeturar cuánto dista el sonido de nuestra boca de aquel golpe de inteligencia, cuando ni siquiera es similar a la impresión en la memoria. Sin embargo, a menudo, ardientes por la utilidad del oyente, queremos hablar como entendemos en ese momento, cuando no podemos hablar por esa misma intención: y como no lo logramos, nos angustiamos, y como si estuviéramos gastando nuestro esfuerzo en vano, nos marchitamos por el tedio; y por ese mismo tedio, el discurso se vuelve más débil y más insípido de lo que era, lo que lleva al tedio.

4. Pero a menudo me indica el interés de quienes desean escucharme que mi elocuencia no es tan fría como me parece: y reconozco que obtienen algo útil de su deleite; y me esfuerzo diligentemente para no faltar en este ministerio, en el que veo que reciben bien lo que se ofrece. Así también tú, por el hecho de que a menudo te llevan a quienes deben ser instruidos en la fe, debes entender que tu discurso no desagrada tanto a los demás como te desagrada a ti: ni debes pensar que eres infructuoso, porque no explicas lo que ves como deseas; cuando tal vez ni siquiera puedes ver como deseas. Pues ¿quién en esta vida ve sino en enigma y por espejo? (I Cor. XIII, 12). Ni siquiera el amor es tan grande que, al romper la oscuridad de la carne, penetre en el eterno sereno, de donde de alguna manera brillan también estas cosas que pasan. Pero porque los buenos progresan de día en día para ver el día sin el giro del cielo y sin el ataque de la noche, que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9); no hay mayor causa por la que nuestro discurso nos parezca vil al instruir a los principiantes, sino porque nos gusta ver de manera inusual, y nos cansa hablar de manera usual. Y en verdad, somos escuchados con mucho más agrado cuando también nosotros nos deleitamos en la misma obra: pues el hilo de nuestra locución se ve afectado por nuestro propio gozo, y sale más fácilmente y de manera más aceptable. Por lo tanto, no es una tarea ardua prescribir desde dónde y hasta dónde deben narrarse las cosas que se deben creer; ni cómo debe variarse la narración, para que a veces sea más breve, a veces más larga, pero siempre plena y perfecta; y cuándo debe usarse la más breve, y cuándo la más larga: pero los modos de hacer que cada uno catequice con alegría (pues será tanto más agradable cuanto más pueda hacerlo), es la mayor preocupación. Y el precepto de esta cosa está a la mano. Pues si en el dinero corporal, cuánto más en el espiritual, Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). Pero que esta alegría esté presente en el momento, es misericordia de quien lo mandó. Así que primero discutiremos sobre el modo de narración que sé que deseas, luego sobre el precepto y la exhortación, y después sobre cómo obtener esta alegría, según lo que Dios sugiera.

### CAPÍTULO III.

5. La narración plena que debe hacerse al catequizar. La narración debe dirigirse al fin de la caridad. Las Escrituras antiguas para recomendar la venida de Cristo, cuyo fin es la caridad. La narración es plena cuando alguien es catequizado desde lo que está escrito, En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen. I, 1), hasta los tiempos presentes de la Iglesia. Sin

embargo, no por eso debemos recitar de memoria todo el Pentateuco, todos los libros de los Jueces y de los Reyes y de Esdras, todo el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, ni narrar y explicar con nuestras palabras todo lo que contienen estos volúmenes; lo cual ni el tiempo permite, ni lo exige ninguna necesidad: sino abarcar todo de manera resumida y general, de modo que se elijan algunas cosas más maravillosas que se escuchan con más agrado, y que están situadas en los mismos puntos clave, para que no sea necesario mostrarlas como en un envoltorio, y luego retirarlas inmediatamente de la vista, sino detenerse un poco para desentrañarlas y expandirlas, y ofrecerlas a las mentes de los oyentes para que las contemplen y admiren; mientras que las demás se insertan rápidamente en el contexto. Así, aquellas cosas que queremos recomendar especialmente, se destacan más por la sumisión de las otras; y no llega a ellas fatigado quien queremos excitar con la narración; ni se confunde la memoria de aquel a quien debemos instruir enseñando.

6. En todo caso, no solo debemos mirar el fin del precepto, que es la caridad de un corazón puro y una buena conciencia y una fe no fingida (I Tim. I, 5), a la que debemos referir todo lo que decimos; sino también el aspecto de aquel a quien instruimos con nuestro discurso debe ser movido y dirigido hacia allí. Pues no por otra razón se escribieron todas las cosas que leemos en las Sagradas Escrituras antes de la venida del Señor, sino para recomendar su venida, y prefigurar la futura Iglesia, es decir, el pueblo de Dios entre todas las naciones, que es su cuerpo; con todos los santos que también vivieron en este mundo antes de su venida, creyendo en él como nosotros creemos que ha venido. Pues así como Jacob extendió primero la mano al nacer, con la que también sostenía el pie del hermano que nacía antes, luego siguió la cabeza, y finalmente necesariamente los demás miembros (Gen. XXV, 25); pero sin embargo, la cabeza no solo precede en dignidad y poder a los miembros que siguieron, sino también a la misma mano que precedió en el nacimiento; y aunque no en el tiempo de aparecer, sin embargo, en el orden de la naturaleza es anterior: así también el Señor Jesucristo, aunque antes de aparecer en la carne, y de alguna manera salir del útero de su secreto a los ojos de los hombres como Mediador entre Dios y los hombres, hombre que es sobre todos Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5), envió en los santos Patriarcas y Profetas una parte de su cuerpo, con la que, como con una mano, anunciaba que iba a nacer, también al pueblo que lo precedía con soberbia, lo suplantó con los vínculos de la Ley como con cinco dedos (porque también a través de cinco articulaciones de tiempo no dejó de anunciar y profetizar que vendría; y Moisés, a quien se le dio la Ley, escribió cinco libros: y los soberbios que piensan carnalmente, y quieren establecer su propia justicia (Rom. X, 3), no fueron llenos de bendición con la mano abierta de Cristo, sino retenidos con la mano cerrada y apretada: así que sus pies fueron atados, y cayeron; pero nosotros nos levantamos y nos erguimos (Sal. XIX, 9)): aunque, como dije, el Señor Cristo envió una parte de su cuerpo en los santos que lo precedieron en el tiempo de nacer; sin embargo, él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia (Col. I, 18); y todos ellos se unieron al mismo cuerpo del cual él es la cabeza, creyendo en aquel a quien anunciaban. Pues no se separaron corriendo delante, sino que se unieron más bien obedeciendo. Porque aunque la mano puede ser enviada antes que la cabeza, su conexión está bajo la cabeza. Por lo tanto, todas las cosas que fueron escritas antes, fueron escritas para nuestra enseñanza (Rom. XV, 4), y fueron figuras nuestras, y les sucedieron en figura; pero fueron escritas para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11).

#### CAPÍTULO IV.

7. La principal causa de la venida de Cristo, la recomendación de la caridad. Lo que se narra de Cristo en las Escrituras en el catecismo debe referirse al amor. ¿Y cuál es la mayor causa de la venida del Señor, sino mostrar Dios su amor por nosotros, recomendándolo

vehementemente? porque cuando aún éramos enemigos, Cristo murió por nosotros (Rom. V, 6-9). Esto, porque el fin del precepto y la plenitud de la ley es la caridad (I Tim. I, 5, y Rom. XIII, 10): para que también nos amemos unos a otros, y como él puso su vida por nosotros, así también nosotros pongamos nuestra vida por los hermanos (I Juan III, 16); y a Dios mismo, porque nos amó primero (I Juan IV, 10), y no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32), si nos daba pereza amar, al menos ahora no nos dé pereza corresponder. Pues no hay mayor invitación al amor que ser prevenido amando; y es muy duro el ánimo que, si no quería gastar amor, no quiera devolverlo. Y si en los mismos amores desordenados y sórdidos vemos que no hacen otra cosa quienes quieren ser amados a cambio, sino que con los medios que tienen muestran y demuestran cuánto aman; y pretenden presentar esa imagen de justicia, para exigir de alguna manera reciprocidad de aquellos ánimos que intentan seducir; y ellos mismos arden más intensamente, cuando ya sienten que también aquellas mentes que desean están siendo movidas por el mismo fuego: sí, por tanto, también el ánimo que estaba inerte, cuando se siente amado se excita, y el que ya ardía, cuando sabe que es correspondido se enciende más; es evidente que no hay mayor causa por la que el amor comience o aumente, que cuando quien aún no ama se da cuenta de que es amado, o quien ama primero espera o ya prueba que es correspondido. Y si esto también en amores desordenados, cuánto más en la amistad. Pues ¿qué otra cosa evitamos en la ofensa de la amistad, sino que el amigo piense que o no lo amamos, o lo amamos menos de lo que él nos ama? Si lo cree, será más frío en ese amor en el que los hombres disfrutaban mutuamente de la familiaridad; y si no es tan débil que esta ofensa lo haga enfriarse de todo amor; se mantiene en el amor en el que no ama para disfrutar, sino para aconsejar. Pero vale la pena observar cómo, aunque los superiores también quieren ser amados por los inferiores, y se deleitan en su diligente obsequio, y cuanto más lo sienten, más los aman, sin embargo, cuánto amor enciende el inferior cuando siente que es amado por el superior. Pues allí el amor es más grato, donde no arde por la sequedad de la indignancia, sino que fluye por la abundancia de la beneficencia. Pues ese amor es de miseria, este de misericordia. Y si el inferior incluso desesperaba de poder ser amado por el superior, se conmoverá inefablemente al amor, si aquel se digna mostrar cuánto ama a quien no se atrevía a prometerse tanto bien. Pero ¿qué hay más superior que Dios juzgando, y qué más desesperado que el hombre pecando? quien tanto más se había entregado a ser sometido y subyugado a poderes soberbios, que no pueden beatificar, cuanto más había desesperado de que pudiera cuidarse de él por aquel poder que no quiere ser sublime por malicia, sino que es sublime por bondad.

8. Si, por tanto, Cristo vino principalmente para que el hombre conociera cuánto lo ama Dios; y por eso conociera, para que ardiera en amor hacia aquel que lo amó primero, y amara al prójimo como él mandó y mostró, quien no al prójimo, sino al lejano peregrino amando se hizo prójimo; y toda la Escritura divina que fue escrita antes, fue para anunciar la venida del Señor; y todo lo que después fue mandado a las letras y confirmado por la autoridad divina, narra a Cristo, y exhorta al amor: es evidente que no solo toda la Ley y los Profetas dependen de esos dos preceptos de amor a Dios y al prójimo (Mat. XXII, 40), que aún era la única Escritura santa cuando el Señor lo dijo, sino también todo lo que después fue saludablemente escrito y confiado a la memoria en los volúmenes de las Escrituras divinas. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento está la ocultación del Nuevo, en el Nuevo Testamento está la manifestación del Antiguo. Según esa ocultación, los carnales que entienden carnalmente, tanto entonces como ahora, están sometidos al temor penal. Según esta manifestación, los espirituales, tanto entonces a quienes se les revelaron los secretos al llamar piadosamente, como ahora quienes no buscan con soberbia, para que no se les cierren incluso las cosas abiertas, entendiendo espiritualmente, han sido liberados por la caridad otorgada. Porque nada es más contrario a la caridad que la envidia; y la madre de la envidia es la soberbia: el

mismo Señor Jesucristo, Dios hombre, es tanto el indicio del amor divino hacia nosotros, como el ejemplo de humildad humana entre nosotros, para que nuestro gran tumor se curara con una medicina contraria mayor. Pues grande es la miseria, el hombre soberbio; pero mayor es la misericordia, Dios humilde. Por lo tanto, con este amor propuesto como fin, al que refieras todo lo que dices, narra lo que narres de tal manera que aquel a quien hablas, al escuchar, crea, al creer, espere, al esperar, ame.

## CAPÍTULO V.

9. Acercándose al catecismo, se debe examinar con qué fin desea convertirse en cristiano. Incluso sobre la severidad de Dios, que sacude los corazones de los mortales con un saludable temor, la caridad debe edificarse; para que, al alegrarse de ser amado por aquel a quien teme, se atreva a corresponder a ese amor, y tema desagradarle, incluso si pudiera hacerlo impunemente. Raramente sucede, o más bien nunca, que alguien venga deseando ser cristiano sin haber sido sacudido por algún temor de Dios. Pues si alguien desea convertirse en cristiano esperando algún beneficio de los hombres, a quienes no cree poder agradar de otra manera, o evitando algún inconveniente de los hombres, cuyo desagrado o enemistad teme, no desea convertirse, sino fingir. La fe no es asunto del cuerpo que saluda, sino del alma que cree. Pero ciertamente, a menudo está presente la misericordia de Dios a través del ministerio del catequista, de modo que, conmovido por el discurso, ya desea ser lo que había decidido fingir: cuando comienza a desearlo, entonces debemos considerarlo como llegado. Y ciertamente nos es oculto cuándo viene en espíritu, a quien ya vemos presente en cuerpo: pero aun así debemos tratar con él de tal manera que se forme en él esta voluntad, incluso si no la tiene. Nada se pierde, ya que si la tiene, ciertamente se fortalece con nuestra acción, aunque no sepamos en qué momento o a qué hora comenzó. Es útil, sin duda, que se nos advierta de antemano, si es posible, por aquellos que lo conocen, en qué estado de ánimo se encuentra, o por qué motivos ha venido a abrazar la religión. Pero si no hay otro de quien podamos saberlo, también él mismo debe ser interrogado, para que a partir de lo que responda tomemos el inicio del discurso. Pero si se acerca con un corazón falso, deseando beneficios humanos o huyendo de inconvenientes, ciertamente mentirá: sin embargo, a partir de esa misma mentira debe tomarse el principio; no para refutar su mentira, como si estuviera seguro para ti, sino para que si dice que ha venido con un propósito que realmente debe ser aprobado, ya sea que diga la verdad o mienta, aprobando y alabando tal propósito como el que respondió que tenía, lo hagamos disfrutar de ser tal como desea parecer. Pero si dice algo diferente de lo que debería estar en el ánimo de quien debe ser instruido en la fe cristiana; reprendiéndolo suavemente y con amabilidad como a un inexperto e ignorante, y demostrando y alabando brevemente y con gravedad el verdadero fin de la doctrina cristiana, para que no ocupes el tiempo de la futura narración, o te atrevas a imponerla sin antes haber dispuesto su ánimo, lo hagas desear lo que aún no deseaba por error o simulación.

## CAPÍTULO VI.

10. Inicio del catecismo y narración desde la historia de la creación del mundo hasta el tiempo presente de la Iglesia. Pero si acaso responde que ha sido advertido o aterrorizado divinamente para hacerse cristiano, nos ofrece una entrada muy alegre para comenzar, cuán grande es el cuidado de Dios por nosotros. Sin duda, su atención debe ser transferida de tales milagros o sueños a un camino más sólido de las Escrituras y oráculos más seguros; para que también sepa que esa advertencia le fue otorgada misericordiosamente antes de adherirse a las Sagradas Escrituras. Y ciertamente debe demostrarse que el mismo Señor no lo advertiría ni lo obligaría a hacerse cristiano e incorporarse a la Iglesia, ni lo instruiría con tales señales o

revelaciones, si no hubiera ya preparado un camino en las Sagradas Escrituras, donde no buscaría milagros visibles, sino que se acostumbraría a esperar lo invisible, y no sería advertido durmiendo, sino despierto, deseando que lo recorriera con más seguridad y confianza. Desde allí debe comenzar la narración, desde que Dios hizo todo muy bueno (Gén. I), y debe llevarse, como dijimos, hasta los tiempos presentes de la Iglesia: de tal manera que de cada cosa y hecho que narramos, se den las causas y razones, refiriéndolas a ese fin del amor, del cual no debe apartarse ni el ojo del que actúa ni del que habla. Pues si los buenos que se consideran y llaman gramáticos intentan referir las fabulas ficticias de los poetas, inventadas para el placer de los ánimos, que son alimento de necedades, a alguna utilidad, aunque sea vana y ávida de engorde secular; cuánto más nos conviene ser cautelosos, para que lo que narramos como verdadero, si no se presenta con la razón de sus causas, no se crea con una dulzura vana o incluso con un deseo pernicioso. Sin embargo, no debemos afirmar estas causas de tal manera que, dejando el curso de la narración, nuestro corazón y lengua se desvíen hacia nudos de disputas más difíciles; sino que la verdad de la razón aplicada, como si fuera oro uniendo el orden de las gemas, no perturbe con ninguna desmesura la serie del ornamento.

## CAPÍTULO VII.

11. Resurrección, juicio y otras cosas que deben ser comunicadas después de la narración. Terminada la narración, debe comunicarse la esperanza de la resurrección, y según la capacidad y fuerzas del oyente, y según la medida del tiempo mismo, debe tratarse contra las vanas burlas de los infieles sobre la resurrección del cuerpo, y la bondad del juicio final futuro para los buenos, la severidad para los malos, la verdad para todos; y después de haber mencionado con detestación y horror los castigos de los impíos, debe proclamarse con deseo el reino de los justos y fieles y aquella ciudad celestial y su gozo. Entonces, la debilidad del hombre debe ser instruida y animada contra las tentaciones y escándalos, ya sea fuera o dentro de la misma Iglesia: fuera, contra los gentiles o judíos o herejes; dentro, contra la paja del campo del Señor. No para disputar contra cada género de perversos, y refutar todas sus opiniones erróneas con cuestiones propuestas; sino que debe demostrarse brevemente que así fue predicho, y cuál es la utilidad de las tentaciones para instruir a los fieles, y cuál es el remedio en el ejemplo de la paciencia de Dios, quien ha decidido permitir estas cosas hasta el fin. Cuando se instruye contra aquellos cuyas turbas perversas llenan corporalmente las iglesias, también deben recordarse brevemente y decentemente los preceptos de la conversación cristiana y honesta, para que no sea fácilmente seducido por los ebrios, avaros, defraudadores, jugadores, adúlteros, fornicadores, amantes de espectáculos, atadores de remedios sacrílegos, encantadores, matemáticos, o adivinos de cualquier arte vana y mala, y otros semejantes, y piense que le será impune, porque ve a muchos que se llaman cristianos amar, hacer, defender, aconsejar y persuadir estas cosas. Pues debe enseñarse con testimonios de los Libros divinos cuál es el fin destinado para aquellos que perseveran en tal vida, y cuán tolerables son en la misma Iglesia, de la cual al final deben ser separados. También debe preanunciarse que encontrará en la Iglesia a muchos cristianos buenos, verdaderos ciudadanos de la Jerusalén celestial, si él mismo comienza a serlo. Finalmente, debe ser advertido diligentemente para que no ponga su esperanza en el hombre: porque ni fácilmente puede ser juzgado por el hombre quién es justo; y si pudiera serlo fácilmente, no se nos proponen ejemplos de justos para ser justificados por ellos, sino para que, imitándolos, sepamos que también nosotros somos justificados por su justificador. De aquí se hará, lo cual es muy recomendable, que cuando aquel que nos escucha, o más bien a través de nosotros escucha a Dios, comience a progresar en costumbres y conocimiento, y a entrar alegremente en el camino de Cristo, no se atreva a atribuirlo ni a nosotros ni a sí mismo; sino que ame

tanto a sí mismo, como a nosotros, y a cualquier otro amigo que ame, en aquel y por aquel que lo amó siendo enemigo, para hacerlo amigo justificándolo. Aquí ya no creo que necesites un maestro, para que cuando los tiempos estén ocupados, ya sea los tuyos o los de quienes te escuchan, hables brevemente; y cuando sean más amplios, hables más extensamente: pues esto lo ordena la misma necesidad sin que nadie lo advierta.

## CAPÍTULO VIII.

12. Cómo catequizar a los instruidos. Pero ciertamente no debe pasarse por alto que si alguien viene a ti para ser catequizado, cultivado en las doctrinas liberales, que ya ha decidido ser cristiano, y por eso ha venido para hacerse, es muy difícil que no haya conocido muchas de nuestras escrituras y letras, y que ya instruido haya venido solo para participar de los Sacramentos. Pues tales personas no suelen hacerse cristianos en la misma hora, sino que antes investigan todo diligentemente, y comunican y discuten los movimientos de su ánimo con quienes pueden. Con estos, por tanto, debe tratarse brevemente, y no inculcando odiosamente lo que ya saben, sino tocándolo modestamente; de modo que digamos que creemos que ya saben esto y aquello; y de este modo enumerar rápidamente todo lo que debe inculcarse a los rudos e ignorantes: para que si este instruido ya lo sabe, no lo escuche como de un maestro; y si aún ignora algo, mientras recordamos lo que creemos que ya sabe, lo aprenda. Tampoco es inútil interrogarlo sobre qué cosas lo han movido a querer ser cristiano: para que si parece que ha sido persuadido por libros, ya sean canónicos o de tratados útiles, hablemos algo de ellos al principio, alabándolos por la diversidad de méritos de la autoridad canónica y la diligencia más hábil de los expositores; y especialmente recomendando en las Escrituras canónicas la saludable humildad de admirable profundidad, y en aquellos según la capacidad de cada uno, el estilo más sonoro y casi más pulido, apto para los ánimos más soberbios y por ello más débiles. También debe extraerse de él que indique a quién ha leído principalmente, y a qué libros se ha adherido más familiarmente, de donde le ha sido persuadido querer unirse a la Iglesia. Cuando lo diga, si esos libros nos son conocidos, o al menos hemos recibido por fama eclesiástica que fueron escritos por algún hombre católico memorable, los aprobemos con alegría. Pero si ha caído en los volúmenes de algún hereje, y tal vez sin saberlo ha retenido en su mente lo que la verdadera fe desaprueba, y cree que es católico; debe ser instruido diligentemente, prefiriendo la autoridad de la Iglesia universal y de otros hombres muy doctos que florecen en su verdad con sus disputas y escritos. Aunque también aquellos que siendo católicos han partido de esta vida, y han dejado alguna literatura cristiana a la posteridad, en algunos lugares de sus obras, ya sea porque no fueron entendidos, o como es la debilidad humana, menos capaces de penetrar con la agudeza de la mente en lo más profundo, y errando por la verosimilitud de la verdad, han sido ocasión para los presuntuosos y audaces de tramar y engendrar alguna herejía. Lo cual no es de extrañar, ya que de las mismas Escrituras canónicas, donde todo está dicho sanamente, no tomando algunas cosas de manera diferente a como el escritor lo entendió, o como la misma verdad se tiene; (pues si solo fuera esto, ¿quién no perdonaría gustosamente a la debilidad humana dispuesta a corregirse?) sino defendiendo con la más aguda animosidad y arrogancia obstinada lo que perversamente y erróneamente han opinado, muchos han engendrado muchos dogmas perniciosos, cortando la unidad de la comunión. Todas estas cosas deben tratarse con aquel que se acerca a la sociedad del pueblo cristiano, no como un ignorante, como dicen, sino pulido y cultivado por los libros de los doctos, con una modesta conversación: asumiendo solo tanta autoridad para enseñar, como para que evite los errores de la presunción; cuanto su humildad, que lo ha traído, ya se siente admitir. Lo demás, según las reglas de la doctrina saludable, ya sea sobre la fe, lo que debe narrarse o discutirse, ya sea

sobre las costumbres, ya sea sobre las tentaciones, debe recorrerse de la manera que dije, refiriéndolo todo a ese camino más excelente.

## CAPÍTULO IX.

13. Cómo tratar a los gramáticos y oradores. La voz a los oídos de Dios, el afecto del alma. También hay algunos que vienen de las escuelas más comunes de gramáticos y oradores, a quienes no te atreverías a contar entre los ignorantes, ni entre aquellos más doctos, cuya mente está ejercitada en cuestiones de grandes cosas. Por tanto, a estos que parecen sobresalir entre los demás hombres en el arte de hablar, cuando vienen a hacerse cristianos, debemos impartirles más que a aquellos iletrados, que deben ser advertidos diligentemente para que, revestidos de humildad cristiana, aprendan a no despreciar a quienes conocen que evitan más los vicios de las costumbres que los de las palabras; y no se atrevan a comparar su lengua ejercitada con un corazón casto, como solían preferirla. Pero sobre todo, deben ser enseñados a escuchar las Escrituras divinas, para que no les desagrade el sólido discurso, porque no está inflado; ni piensen que las palabras o hechos de los hombres, que se leen en esos libros, envueltos y cubiertos con envolturas carnales, no deben ser desenvueltos y descubiertos para ser entendidos, sino tomados tal como suenan las letras; y sobre la misma utilidad del secreto, de donde también se llaman misterios, cuánto valen las sombras de los enigmas para aguzar el amor a la verdad, y sacudir la pereza del fastidio, debe probarse a tales personas con la misma experiencia, cuando algo que no movía estando expuesto, se extrae con la elucidación de alguna alegoría. Pues a estos les es muy útil saber que las sentencias deben ser preferidas a las palabras, como se prefiere el alma al cuerpo. De lo cual se sigue que deben preferir escuchar discursos más verdaderos que más elocuentes, así como deben preferir tener amigos más prudentes que más hermosos. También deben saber que no hay voz a los oídos de Dios, sino afecto del alma: así no se burlarán si ven a algunos obispos y ministros de la Iglesia, tal vez invocando a Dios con barbarismos y solecismos, o pronunciando las mismas palabras que no entienden, y distinguiéndolas de manera confusa. No porque estas cosas no deban corregirse, para que el pueblo diga Amén a lo que entiende claramente; pero sin embargo deben ser toleradas piadosamente por aquellos que han aprendido que, así como el sonido en el foro, así el voto en la Iglesia bendice. Por tanto, aquella buena dicción forense, a veces buena, nunca puede llamarse bendición. Sobre el Sacramento que van a recibir, basta que los más prudentes escuchen qué significa esa cosa: pero con los más lentos debe tratarse con algo más de palabras y similitudes, para que no desprecien lo que ven.

## CAPÍTULO X.

14. Ahora sobre cómo obtener alegría. Seis causas que provocan tedio al catequista. Remedio contra la primera causa de tedio. Aquí tal vez deseas algún ejemplo de discurso, para que te muestre con la obra misma cómo deben hacerse estas cosas que he aconsejado. Lo haré, tanto como pueda con la ayuda del Señor: pero primero debo hablar sobre cómo obtener esa alegría prometida. Pues ya he cumplido, en cuanto me ha parecido suficiente, lo que prometí sobre los mismos preceptos de la explicación del discurso, en la catequización de aquel que viene así para hacerse cristiano. Pues es indebido que yo mismo haga en este volumen lo que ordeno que se haga. Si lo hago, será para añadir; pero ¿cómo puedo añadir antes de haber llenado la medida de lo debido? Pues no te he oído quejarte principalmente, sino de que tu discurso te parecía vil y despreciable cuando instruías a alguien en el nombre cristiano. Pero sé que esto no se debe tanto a la falta de cosas que deben decirse, en las cuales te conozco suficientemente preparado e instruido, ni a la falta de la misma locución, sino al tedio del ánimo; ya sea por la causa que mencioné, porque nos deleita y retiene más lo que contemplamos en silencio con la mente, y no queremos ser apartados de ello por el ruido de

las palabras tan diferente; o porque incluso cuando el discurso es agradable, nos gusta más escuchar o leer lo que ha sido mejor dicho, y que se pronuncia sin nuestro cuidado y preocupación, que adaptar palabras repentinas al sentido ajeno con un resultado incierto, ya sea si ocurren según el sentido, ya sea si se reciben útilmente; o porque aquellas cosas que se insinúan a los rudos, por ser tan conocidas por nosotros, y ya no necesarias para nuestro progreso, nos cansa volver a ellas tan a menudo, y en ellas, ya tan usadas y como infantiles, el ánimo ya más maduro no camina con algún placer. También causa tedio al que habla un oyente inmóvil, ya sea porque no se mueve con afecto, o porque no indica con ningún movimiento del cuerpo que entiende o le agradan las cosas que se dicen: no porque nos convenga ser ávidos de la alabanza humana, sino porque las cosas que ministramos son de Dios; y cuanto más amamos a aquellos a quienes hablamos, tanto más deseamos que les agraden las cosas que se les ofrecen para su salvación: lo cual si no sucede, nos entristecemos, y en el mismo curso nos debilitamos y quebramos, como si en vano gastáramos nuestro esfuerzo. A veces también, cuando nos apartamos de alguna cosa que deseamos hacer, y cuya acción nos deleitaba o nos parecía más necesaria, y somos obligados, ya sea por orden de quien no queremos ofender, o por la inevitable insistencia de algunos, a catequizar a alguien; ya perturbados nos acercamos al negocio, que requiere gran tranquilidad, lamentando que no se nos permita mantener el orden de acciones que deseamos, ni podemos satisfacer a todos: y así, de esa misma tristeza, el discurso que procede es menos grato, porque de la aridez de la tristeza menos se explaya. A veces también, por algún escándalo, la tristeza ha ocupado el pecho, y entonces se nos dice: Ven, habla a este; quiere hacerse cristiano. Pues se dice por los ignorantes qué nos quema dentro: a quienes si no conviene abrir nuestro afecto, tomamos de mala gana lo que desean; y ciertamente ese discurso será débil e insípido, atravesado por la vena del corazón ardiente y humeante. Por tantas causas, cualquiera de ellas que nuble la serenidad de nuestra mente, deben buscarse remedios según Dios, para que se relaje esa contracción, y con el fervor del espíritu exultemos y nos regocijemos en la tranquilidad de la buena obra. Pues Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7).

15. Si nos entristece el hecho de que nuestro oyente no comprende nuestro intelecto, y nos vemos obligados a descender desde cierta altura a la lentitud de las sílabas que están muy por debajo, y nos preocupamos por cómo lo que se absorbe rápidamente en la mente debe salir de nuestra boca de manera prolongada y complicada, y porque sale de manera muy diferente, nos cansa hablar y preferimos callar; pensemos en lo que se nos ha otorgado por aquel que nos mostró el ejemplo para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21). Pues aunque nuestra voz articulada difiera de la vivacidad de nuestro entendimiento, mucho más diferente es la mortalidad de la carne de la igualdad con Dios. Y sin embargo, siendo en la misma forma, se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, etc., hasta la muerte de cruz (Filipenses II, 6-8). ¿Por qué razón, sino porque se hizo débil con los débiles para ganar a los débiles (I Corintios IX, 22)? Escucha a su imitador diciendo en otro lugar: Porque si nos hemos excedido en mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos apremia, juzgando esto, que uno murió por todos (II Corintios V, 13 y 14). ¿Cómo estaría dispuesto a gastar su vida por sus almas (Id. XII, 15), si le molestara inclinarse a sus oídos? Por eso se hizo pequeño entre nosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos (I Tesalonicenses II, 7). ¿Acaso no es agradable murmurar palabras cortadas y mutiladas, a menos que el amor invite? Y sin embargo, los hombres desean tener niños a quienes ofrecer esto: y es más dulce para una madre masticar pequeños bocados para su hijo pequeño que masticar y devorar los más grandes. No debe, por tanto, alejarse del corazón el pensamiento de aquella gallina que cubre con sus plumas débiles a sus tiernos polluelos, y con voz

quebrada llama a sus polluelos susurrantes; aquellos que, al rechazar sus alas tiernas, se convierten en presa de las aves (Mateo XXIII, 37). Pues si el intelecto deleita en los recintos más puros, también deleita entender cómo la caridad, cuanto más desciende a lo más bajo, más vigorosamente regresa a lo más íntimo por una buena conciencia, sin buscar nada de aquellos a quienes desciende, excepto su eterna salvación.

## CAPÍTULO XI.

16. Remedio contra la segunda causa de tedio. Si preferimos leer o escuchar lo que ya está preparado y mejor dicho, y por eso nos molesta adaptar lo que decimos con un resultado incierto por un tiempo: mientras el alma no se aleje de la verdad de las cosas, es fácil que si algo en las palabras ofende al oyente, aprenda de esa misma ocasión cuán despreciable es, una vez entendida la cosa, si no pudo sonar de manera íntegra o propia, lo que sonaba para que se entendiera la cosa. Y si la intención de la debilidad humana se aparta de la misma verdad de las cosas; aunque en la catequesis de los rudos, donde se debe seguir el camino más trillado, es difícil que ocurra: sin embargo, para que no suceda que el oyente se ofenda también por esto, no debe parecernos que ocurrió por otra razón, sino porque Dios quiso probarnos, para ver si con serenidad de mente nos corregimos, para no precipitarnos en un error mayor al defender nuestro error. Y si nadie nos lo dice, y nosotros y los que escucharon permanecen completamente ignorantes, no hay dolor, si no se repite. Muchas veces, al recordar lo que dijimos, nos reprochamos algo, e ignoramos cómo fue recibido cuando se dijo; y nos duele más, cuando en nosotros arde la caridad, si, siendo falso, fue bien recibido. Por lo tanto, cuando se presenta la oportunidad, así como nos reprochamos en silencio, debemos procurar que también ellos sean corregidos suavemente, quienes no por las palabras de Dios, sino claramente por las nuestras, cayeron en alguna falsedad. Y si algunos, ciegos por un odio insano, se alegran de que hayamos errado, murmuradores, detractores, odiosos a Dios (Romanos I, 30); nos proporcionan materia para ejercitar la paciencia con misericordia, porque la paciencia de Dios los lleva al arrepentimiento. Pues, ¿qué es más detestable, y qué más acumula ira para el día de la ira y la revelación del justo juicio de Dios (Id. II, 4 y 5), que alegrarse por el mal ajeno a semejanza e imitación del diablo? A veces, incluso cuando todo se dice correctamente y con verdad, algo no entendido, o contrario a la opinión y costumbre del viejo error, por su misma novedad, ofende y perturba al oyente. Si esto se hace evidente y se muestra dispuesto a ser sanado, debe ser sanado sin demora con la abundancia de autoridades y razones. Pero si la ofensa es silenciosa y oculta, la medicina de Dios puede ayudar. Y si retrocede y se niega a ser curado, nos consuela aquel ejemplo del Señor, quien, al ver que sus palabras ofendían a los hombres y que huían de ellas como si fueran duras, incluso a los que permanecieron les dijo: ¿Acaso también vosotros queréis irros? (Juan VI, 68). Pues debe mantenerse firmemente en el corazón que Jerusalén, cautiva de la Babilonia de este mundo, será liberada al final de los tiempos, y ninguno de ella perecerá; porque quien perece, no era de ella. Porque el fundamento firme de Dios permanece, teniendo este sello: el Señor conoce a los que son suyos; y apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor (II Timoteo II, 19). Pensando en estas cosas, e invocando al Señor en nuestro corazón, temeremos menos los resultados inciertos de nuestro discurso debido a los movimientos inciertos de los oyentes; y nos deleitará incluso la misma paciencia de las molestias por la obra misericordiosa, si no buscamos en ello nuestra gloria. Pues entonces es verdaderamente una buena obra, cuando la intención del agente se lanza desde la caridad, y como regresando a su lugar, descansa nuevamente en la caridad. La lectura que nos deleita, o alguna audición de mejor elocuencia, que deseamos anteponer a nuestro discurso, cuando hablamos con pereza o tedio, nos recibirá más animados, y se nos ofrecerá más placentera después del trabajo; y con mayor confianza suplicaremos que Dios nos hable como deseamos,

si aceptamos con alegría que hable a través de nosotros como podemos: así sucede que para los que aman a Dios, todas las cosas concurren para bien (Romanos VIII, 28).

## CAPÍTULO XII.

17. Remedio contra la tercera causa de tedio. Si nos fastidia repetir a menudo lo que es usual y adecuado para los pequeños; acomodémonos a ellos con amor fraterno, paternal y maternal, y al unir sus corazones al nuestro, también nos parecerán nuevas. Pues tanto vale el afecto del alma compasiva, que cuando ellos se conmueven al escucharnos hablar, y nosotros al verlos aprender, habitamos unos en otros; y así, lo que ellos escuchan, como si lo hablaran en nosotros, y nosotros en ellos aprendemos de algún modo lo que enseñamos. ¿No suele suceder esto, cuando mostramos ciertos lugares amplios y hermosos, ya sean de ciudades o campos, que al haberlos visto ya muchas veces pasábamos sin placer, a aquellos que nunca los habían visto antes, para que nuestro deleite se renueve en su deleite de novedad? Y tanto más, cuanto más queridos son; porque por el vínculo del amor, en cuanto estamos en ellos, en tanto también se nos hacen nuevas las cosas que eran viejas. Pero si hemos progresado algo en la contemplación de las cosas, no queremos que aquellos a quienes amamos se alegren y asombren al contemplar las obras de las manos de los hombres; sino que deseamos elevarlos a la misma arte o consejo del creador, y de allí elevarse a la admiración y alabanza del Dios creador de todo, donde está el fin más fructífero del amor: ¿cuánto más debemos deleitarnos, cuando los hombres ya se acercan a aprender sobre Dios mismo, por quien deben aprenderse todas las cosas que deben aprenderse; y renovarnos en su novedad, para que si nuestra predicación habitual es más fría, se encienda con su audición inusual? A esto se añade para obtener alegría, que pensamos y consideramos, de qué muerte de error pasa el hombre a la vida de la fe. Y si pasamos por calles muy conocidas con benéfica alegría, cuando a alguien que erraba le mostramos el camino: ¿cuánto más animados y con mayor gozo debemos recorrer en la doctrina de la salvación, incluso aquellas cosas que no es necesario volver a explicar por nosotros, cuando guiamos a un alma miserable y fatigada por los errores del mundo por los caminos de la paz, por mandato de aquel que nos la ha concedido?

## CAPÍTULO XIII.

18. Remedio contra la cuarta causa de tedio. El oyente fatigado por escuchar o estar de pie, cómo debe ser recreado. El uso de escuchar la palabra de Dios sentado, adoptado en algunas Iglesias. Pero realmente es mucho perseverar hablando hasta el término establecido, cuando no vemos moverse al oyente; lo cual, ya sea que no se atreva, constreñido por el temor religioso, a manifestar su aprobación con la voz o algún movimiento del cuerpo, ya sea que la vergüenza humana lo reprima; ya sea que no entienda lo dicho, o lo desprecie: dado que para nosotros, que no vemos su ánimo, es incierto, todo debe intentarse con el discurso, que pueda valer para excitarlo y como sacarlo de su escondite. Pues el temor excesivo que impide la declaración de su juicio, debe ser eliminado con exhortación amable, y la vergüenza debe ser moderada insinuando la fraternidad, y debe preguntarse si entiende, y darle confianza para que si algo le parece contradictorio, lo exprese libremente. Debe preguntarse si ya ha escuchado esto alguna vez, y tal vez no lo conmuevan porque le parecen conocidas y comunes; y actuar según su respuesta, para hablar más claramente y sin enredos, o refutar la opinión contraria, o no explicar más extensamente lo que le es conocido, sino resumirlo brevemente, y elegir algo de lo que está dicho mística en los Libros sagrados, y especialmente en la misma narración, para que nuestro discurso se endulce al abrirlo y revelarlo. Pero si es muy lento, y absurdo y averso a toda tal dulzura, debe ser soportado con misericordia, y después de recorrer brevemente lo demás, las cosas más necesarias, sobre la

unidad de la Iglesia Católica, sobre las tentaciones, sobre la vida cristiana, deben ser inculcadas con terror por el juicio futuro, y más hablar a Dios por él, que a él sobre Dios.

19. A menudo también sucede que quien al principio escuchaba con gusto, ya sea por escuchar o por estar de pie, fatigado, ya no abre los labios para alabar, sino para bostezar, y muestra incluso a su pesar que quiere irse. Cuando percibimos esto, debemos renovar su ánimo, diciendo algo condimentado con honesta alegría y adecuado a lo que se está tratando, o algo muy admirable y asombroso, o incluso doloroso y lamentable; y más sobre él mismo, para que, tocado por su propia preocupación, despierte; lo cual, sin embargo, no ofenda su vergüenza con alguna aspereza, sino que más bien lo concilie con familiaridad; o al ofrecerle un asiento, socorrerlo; aunque sin duda es mejor, donde puede hacerse decentemente, que desde el principio escuche sentado; y mucho más prudente en algunas Iglesias de ultramar no solo los obispos hablan sentados al pueblo, sino que también al mismo pueblo se le proporcionan asientos, para que nadie, más débil, cansado de estar de pie, se aparte de la saludable atención, o incluso se vea obligado a irse. Y sin embargo, hay mucha diferencia, si alguien de una gran multitud se retira para recuperar fuerzas, quien ya está vinculado por la sociedad de los sacramentos; y si se va aquel (lo cual a menudo es inevitablemente urgente, para que no, vencido por el agotamiento interior, incluso caiga) que debe ser iniciado en los primeros sacramentos: y por vergüenza no dice por qué se va, y la debilidad no le permite estar de pie. Digo esto por experiencia: pues alguien hizo esto, cuando lo catequizaba, un hombre rústico, de donde aprendí que debe prevenirse con gran cuidado. Pues, ¿quién soporta nuestra arrogancia, cuando no permitimos que nuestros hermanos, o incluso lo que debe cuidarse con mayor solicitud, para que sean nuestros hermanos, se sienten ante nosotros; y el mismo Señor nuestro, a quien asisten los ángeles, una mujer lo escuchaba sentada (Lucas X, 39)? Ciertamente, si el discurso va a ser breve, o el lugar no es apto para sentarse, que escuchen de pie; pero cuando muchos escuchan, y no van a ser iniciados entonces. Pues cuando uno, o dos, o pocos, que han venido para hacerse cristianos, hablamos peligrosamente a los que están de pie. Sin embargo, si ya hemos comenzado así, al menos al notar el tedio del oyente, se debe ofrecer un asiento, o más bien urgirlo a que se siente, y decir algo para renovarlo, para que también la preocupación, si alguna irrumpió y comenzó a distraerlo, huya de su ánimo. Pues como las causas son inciertas de por qué ya en silencio se niega a escuchar, ya sentado debe decirse algo contra las incidentes preocupaciones de los negocios mundanos, ya sea de manera alegre, como dije, o triste: para que si son ellas las que ocupan su mente, cedan como acusadas por su nombre; pero si no son ellas, y está fatigado de escuchar, cuando hablamos de ellas como si lo fueran (dado que lo ignoramos), al decir algo inesperado y extraordinario, de la manera que dije, se renueva la atención del tedio. Pero que sea breve, especialmente porque se inserta fuera de orden, para que no aumente el mismo remedio la enfermedad del tedio que queremos aliviar: y deben acelerarse las demás cosas, y prometerse y exhibirse un fin más cercano.

#### CAPÍTULO XIV.

20. Remedio contra la quinta causa de tedio. Remedio contra la sexta causa de tedio. También contra la sexta causa. Si la omisión de otra acción, a la que ya estabas inclinado como más necesaria, ha quebrantado tu ánimo, y por eso catequizas con tristeza; debes pensar, excepto que sabemos que debemos actuar misericordiosamente en todo lo que hacemos con los hombres, y por el oficio de la caridad más sincera; esto, pues, excepto, es incierto qué es más útil que hagamos, y qué es más oportuno que interrumamos o omitamos por completo. Pues como no conocemos cuáles son los méritos de los hombres por los que actuamos ante Dios, lo que les conviene temporalmente lo sospechamos con ninguna o muy tenue o muy incierta conjetura más bien que lo comprendemos. Por lo tanto, debemos ordenar las cosas que deben

hacerse según nuestra capacidad: y si podemos llevarlas a cabo de la manera que establecimos, no nos alegremos por eso porque nos complació a nosotros, sino porque a Dios le agradó que se hicieran así: pero si alguna necesidad surge, por la cual nuestro orden se turbe; debemos ceder fácilmente, para no quebrarnos; para que aquel a quien Dios nos ha puesto por delante, sea nuestro. Pues es más justo que sigamos su voluntad, que él la nuestra. Porque el orden de las cosas que deben hacerse, que queremos seguir por nuestro juicio, debe ser aprobado donde las cosas más importantes preceden. ¿Por qué, entonces, nos duele que los hombres sean precedidos por el Señor Dios, tan superior, que al amar nuestro orden, deseamos estar desordenados? Pues nadie ordena mejor lo que debe hacer, sino quien está más dispuesto a no hacer lo que se prohíbe por el poder divino, que más deseoso de hacer lo que se medita por el pensamiento humano. Porque muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, pero el consejo del Señor permanece para siempre (Proverbios XIX, 21).

21. Pero si algún escándalo ha perturbado tu ánimo y no puedes emitir un discurso sereno y alegre, debe haber tal caridad en aquellos por quienes Cristo murió, deseando redimirlos con el precio de su sangre de la muerte de los errores mundanos; que esto mismo que se nos anuncia tristemente, que alguien está presente deseando hacerse cristiano, debe valer para consolar y resolver esa tristeza, como suelen las alegrías de las ganancias aliviar el dolor de las pérdidas. Pues no nos entristece el escándalo de alguien, sino de quien creemos o vemos que perece o por quien perece el débil. Por lo tanto, aquel que viene a ser iniciado, mientras se espera que pueda progresar, debe borrar el dolor del que falla. Porque si se sugiere aquel temor, de que se haga prosélito hijo del infierno (Mateo XXIII, 15), mientras muchos de esos se mueven ante nuestros ojos, de los cuales surgen las cosas por las que nos quemamos de escándalo, no debe servir para retrasarnos, sino más bien para excitarnos y agudizarnos: para que a quien instruimos le advertamos, que evite la imitación de aquellos que no son cristianos por la misma verdad, sino solo de nombre; ni, movido por su multitud, quiera seguirlos, ni dejar de seguir a Cristo por ellos; y no quiera estar en la Iglesia de Dios donde ellos están, o quiera estar allí como ellos son. Y no sé cómo en tales advertencias el discurso es más ardiente, al que el dolor presente proporciona combustible: para que no solo no seamos más perezosos, sino que por eso mismo hablemos más encendidos y vehementes, lo que diríamos más fríamente y lentamente con seguridad; y nos alegremos de que se nos dé la ocasión, donde el movimiento de nuestro ánimo no pase sin fruto.

22. Pero si alguna tristeza nos ha atrapado por algún error o pecado nuestro, no solo recordemos que el sacrificio a Dios es un espíritu contrito (Salmo L, 19), sino también aquello, Porque como el agua apaga el fuego, así la limosna extingue el pecado (Eclesiástico III, 33); y, Porque misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6). Así como si estuviéramos en peligro de incendio, ciertamente correríamos al agua, para que pudiera extinguirse, y nos alegraríamos si alguien la ofreciera de cerca; así si de nuestro heno ha surgido alguna llama de pecado, y por eso estamos perturbados, dada la ocasión de una obra misericordiosa, como de una fuente ofrecida, nos alegremos, para que lo que se encendió sea oprimido. A menos que seamos tan necios, que pensemos que debemos correr más al pan, para llenar el vientre del hambriento, que con la palabra de Dios, para instruir la mente de quien lo come. A esto se añade, que si solo fuera útil hacer esto, y no hacerlo no perjudicara en nada; infeliz en el peligro de la salvación, no ya del prójimo, sino nuestra, despreciaríamos el remedio ofrecido. Pero como de la boca del Señor suena tan amenazante, Siervo malo y perezoso, debías haber dado mi dinero a los banqueros (Mateo XXV, 26, 27); ¿qué locura es, porque nuestro pecado nos angustia, querer pecar de nuevo, no dando el dinero del Señor al que quiere y pide? Con estos y semejantes pensamientos y consideraciones, disipada la oscuridad de los tedios, se dispone la intención para catequizar, para que se beba suavemente

lo que brota diligente y alegremente de la abundancia de la caridad. Pues esto no solo te lo digo a ti, sino que nos lo dice a todos nosotros la misma caridad, que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5).

## CAPÍTULO XV.

23. Para moderar la oración según la diversidad de personas. Pero ahora también aquello que antes de prometer no debía, ya quizás lo reclamas como debido, que no me avergüence explicar algún ejemplo de discurso, como si yo catequizara a alguien, y proponértelo para que lo observes. Antes de hacerlo, quiero que pienses que es diferente la intención de quien dicta, cuando se piensa en un futuro lector; y otra la de quien habla, cuando se atiende a un oyente presente: y en esto mismo es diferente la de quien aconseja en secreto, cuando no hay nadie más presente que pueda juzgarnos; diferente la de quien enseña algo abiertamente, cuando el oído de quienes opinan de manera distinta está alrededor: y en este género es diferente cuando se enseña a uno, pero los demás escuchan como jueces o testigos de lo que ya conocen; diferente cuando todos esperan en común lo que les vamos a exponer: y nuevamente en esto mismo es diferente cuando se conversa casi en privado, para que se entable una conversación; diferente cuando el pueblo en silencio observa con expectación a uno que va a hablar desde un lugar elevado: y hay mucha diferencia, incluso cuando hablamos así, si hay pocos presentes o muchos; si son doctos o indoctos, o una mezcla de ambos géneros; si son urbanos o rústicos, o ambos juntos; o si el pueblo está compuesto de toda clase de personas. Porque no puede ser de otra manera, sino que afectan de manera diferente al que va a hablar y al que va a dictar, y para que el discurso que se pronuncia tenga una especie de rostro de la disposición del ánimo de quien lo pronuncia, y afecte de manera diversa a los oyentes, ya que ellos mismos se afectan de manera diversa entre sí con su presencia. Pero como ahora tratamos sobre la instrucción de los rudos, soy testigo ante ti de que me muevo de manera diferente cuando veo ante mí a un catecúmeno erudito, inerte, ciudadano, extranjero, rico, pobre, privado, honrado, establecido en alguna autoridad, de tal o cual nación, de tal o cual edad o sexo, proveniente de tal o cual secta, de tal o cual error vulgar: y según la diversidad de mi emoción, el discurso mismo avanza, progresa y se concluye. Y porque aunque a todos se les debe la misma caridad, no a todos se les debe aplicar la misma medicina: esa misma caridad engendra a unos, se debilita con otros; a unos procura edificar, a otros teme ofender; a unos se inclina, a otros se eleva; a unos es amable, a otros severa, enemiga de nadie, madre de todos. Y quien no ha experimentado con esa misma caridad lo que digo, cuando nos ve, porque alguna facultad que se nos ha dado nos deleita al ser conocida laudablemente en boca de la multitud, nos considera bienaventurados: pero Dios, ante cuya presencia entra el gemido de los cautivos (Salmo 78, 11), vea nuestra humildad y nuestro trabajo, y perdone todos nuestros pecados (Salmo 24, 18). Por lo tanto, si algo en nosotros te ha agradado, para que buscaras escuchar alguna observación de nuestro discurso, mejor lo aprenderías viéndonos y escuchándonos cuando hacemos estas cosas, que leyéndolo cuando lo dictamos.

## CAPÍTULO XVI.

24. Fórmula de oración del catequista. Comienzo tomado del loable propósito de abrazar la religión cristiana, por la futura paz. No buscar la paz en cosas inquietas. No en las riquezas, ni en los honores. Buscando la paz en los placeres de la carne y en los espectáculos. Pero hagamos que alguien haya venido a nosotros, que desea ser cristiano, y de hecho del tipo de los ignorantes, pero no de los rústicos, sino de los urbanos, como es necesario que experimentes a muchos en Cartago: preguntado también si desea ser cristiano por algún

beneficio de la vida presente, o por la paz que se espera después de esta vida, ha respondido que por la futura paz: tal vez sería instruido por nosotros con este discurso. Gracias a Dios, hermano: te felicito mucho y me alegro por tí, porque en tantas y tan peligrosas tempestades de este siglo has pensado en alguna verdadera y cierta seguridad. Pues también en esta vida los hombres buscan la paz y la seguridad con grandes trabajos, pero no la encuentran por sus deseos perversos. Quieren descansar en cosas inquietas y no permanentes: y como estas se retiran y pasan con el tiempo, los agitan con temores y dolores, y no les permiten estar tranquilos. Pues si el hombre quiere descansar en las riquezas, se vuelve más soberbio que seguro. ¿Acaso no vemos cuántos las han perdido de repente, y cuántos también han perecido por ellas, ya sea cuando desean tenerlas, o cuando, oprimidos por otros más codiciosos, se las quitan? Y si permanecieran con el hombre durante toda su vida y no abandonaran a su amante, él las abandonaría con su muerte. ¿Cuánto dura la vida del hombre, incluso si envejece? O cuando los hombres desean la vejez, ¿qué otra cosa desean sino una larga enfermedad? Así también los honores de este siglo, ¿qué son sino vanidad, y peligro de ruina? Porque así dice la Sagrada Escritura: Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías 40, 6-8). Por eso, quien desea la verdadera paz y la verdadera felicidad, debe quitar su esperanza de las cosas mortales y pasajeras, y colocarla en la palabra del Señor; para que, adhiriéndose a lo que permanece para siempre, también él permanezca para siempre con él.

25. También hay hombres que no buscan ser ricos, ni aspiran a llegar a las vanas pompas de los honores: sino que quieren gozar y descansar en las tabernas y en las fornicaciones, y en los teatros y espectáculos de frivolidad que se tienen gratis en las grandes ciudades. Pero así también ellos consumen su pobreza en la lujuria, y después, por la indigencia, se lanzan al robo y al asalto, y a veces incluso al bandolerismo, y de repente se llenan de muchos y grandes temores; y quienes poco antes cantaban en la taberna, ya sueñan con el lamento de la cárcel. Con los estudios de los espectáculos se vuelven semejantes a los demonios, incitando con sus clamores a los hombres para que se golpeen entre sí, y tengan entre ellos contiendas contenciosas quienes no se han herido, mientras desean agradar al pueblo insensato: a quienes, si los ven estar de acuerdo, entonces los odian y persiguen, y claman para que sean golpeados con bastones como si fueran cómplices, y obligan a hacer esta iniquidad incluso al juez vengador de iniquidades; pero si los conocen ejerciendo horrendas enemistades entre sí, ya sean los llamados actores, ya sean escénicos y músicos, ya sean aurigas, ya sean cazadores, a quienes los miserables no solo enfrentan hombres con hombres, sino también hombres con bestias en combate y lucha; cuanto más los sienten furiosos entre sí con discordia, más los aman y se deleitan, y los favorecen incitados, y favoreciéndolos los incitan, más enloqueciendo entre ellos mismos los espectadores uno por otro, que aquellos cuya locura los locos provocan, pero deseando enloquecidos ver. ¿Cómo, pues, puede el alma mantener la salud de la paz, que se alimenta de discordias y contiendas? Pues tal como es el alimento que se toma, tal es la salud que se sigue. Finalmente, aunque las alegrías insanas no son alegrías, sin embargo, sean cuales sean, y por mucho que deleite la jactancia de las riquezas, y la hinchazón de los honores, el abismo de las tabernas, y las guerras de los teatros, y la inmundicia de las fornicaciones, y el prurito de los baños; todo esto lo quita una sola fiebre, y aún viviendo les arrebatada toda la falsa bienaventuranza: queda una conciencia vacía y herida, que sentirá a Dios como juez, a quien no quiso tener como guardián; y encontrará un Señor áspero, a quien despreció buscar y amar como dulce padre. Pero tú, porque buscas la verdadera paz que se promete a los cristianos después de esta vida, también aquí la saborearás dulce y agradable entre las amarguísimas molestias de esta vida, si amas los preceptos de aquel que la prometió. Pronto sentirás que los frutos de la justicia son más dulces que los de la iniquidad, y que el hombre se alegra más verdadera y agradablemente de

una buena conciencia entre las molestias, que de una mala entre las delicias; porque no viniste a unirte a la Iglesia de Dios para buscar de ella alguna utilidad temporal.

## CAPÍTULO XVII.

26. Se reprende a quien quiera ser cristiano por conveniencia temporal. Verdaderamente es cristiano quien profesa la religión por la futura paz. Pasa a la narración de lo que se debe creer. Por qué el Hijo de Dios se hizo hombre. Porque hay quienes quieren ser cristianos para merecer el favor de hombres de quienes esperan beneficios temporales, o porque no quieren ofender a quienes temen. Pero estos son reprobos: y si la Iglesia los soporta por un tiempo, como la era soporta la paja hasta el tiempo de la ventilación; si no se corrigen, y comienzan a ser cristianos por la futura paz eterna, al final serán separados. Y no se engañen porque pueden estar en la era con el trigo de Dios: porque en el granero no estarán con él, sino que están destinados al fuego debido (Mateo 3, 12). También hay otros con una esperanza mejor, pero no con menos peligro, que ya temen a Dios, y no se burlan del nombre cristiano, ni entran en la Iglesia de Dios con un corazón simulado, pero esperan en esta vida la felicidad, para ser más felices en las cosas terrenales que aquellos que no cultivan a Dios: por eso, cuando ven a algunos malvados e impíos prosperar y sobresalir en la prosperidad de este mundo, y ellos mismos tener menos de estas cosas o perderlas, se perturban como si adoraran a Dios en vano, y fácilmente se apartan de la fe.

27. Pero quien desea hacerse cristiano por la bienaventuranza eterna y la paz perpetua, que se promete a los santos después de esta vida, para no ir al fuego eterno con el diablo, sino entrar en el reino eterno con Cristo (Mateo 25, 34, 41, 46), verdaderamente él es cristiano, cauteloso en toda tentación, para no corromperse con las cosas prósperas, y para no quebrarse con las adversas, y en la abundancia de bienes terrenales modesto y templado, y en las tribulaciones fuerte y paciente. Quien también, progresando, llegará a tal ánimo, que amará más a Dios que temerá al infierno: que incluso si Dios le dijera, Usa de los placeres carnales eternos, y peca cuanto puedas, no morirás, ni serás enviado al infierno, pero solo no estarás conmigo; se horrorice, y de ninguna manera peque, no ya para no caer en aquello que temía, sino para no ofender a aquel a quien ama tanto: en lo cual está el único descanso, que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman (1 Corintios 2, 9).

28. De este descanso significa la Escritura, y no calla, que desde el principio del mundo, desde que Dios hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, trabajó seis días, y el séptimo día descansó (Génesis 1 y 2, 1-3). Pues el Omnipotente podía hacer todo en un solo momento de tiempo. Pero no había trabajado para descansar, cuando, Dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Salmo 148, 5): sino para significar que después de seis edades de este mundo, en la séptima edad como en el séptimo día descansará en sus santos; porque ellos en él descansarán después de todas las buenas obras, en las que le sirvieron, que él mismo obra en ellos, quien llama, y manda, y perdona los pecados pasados, y justifica al que antes era impío. Así como cuando ellos obran bien por su don, se dice correctamente que él obra; así cuando en él descansan, se dice correctamente que él descansa. Pues en cuanto a él, no busca reposo, porque no siente trabajo. Pero hizo todo por su Verbo; y su Verbo es Cristo mismo, en quien descansan los ángeles y todos los espíritus celestiales purísimos en santo silencio. Pero el hombre, caído por el pecado, perdió el descanso que tenía en su divinidad, y lo recupera en su humanidad: por eso, en el tiempo oportuno, cuando él sabía que debía hacerse, se hizo hombre y nació de una mujer. Pues no podía ser contaminado por la carne, él que más bien iba a purificar la carne. Los antiguos santos lo conocieron por la revelación del Espíritu, y lo profetizaron; y así fueron salvados creyendo que vendría, como nosotros somos

salvados creyendo que vino: para que amáramos a Dios, que nos amó tanto, que enviara a su único Hijo, quien revestido de la humildad de nuestra mortalidad, muriera por los pecadores y por los pecadores. Pues ya desde los comienzos de los siglos la profundidad de este misterio no cesa de ser prefigurada y anunciada.

## CAPÍTULO XVIII.

29. Qué creer sobre la creación del hombre y otras cosas. El hombre colocado en el paraíso. Por qué fue creado quien se sabía que pecaría. La caída del hombre y del ángel no dañó a Dios. Porque Dios omnipotente, y bueno y justo y misericordioso, que hizo todas las cosas buenas, ya sean grandes o pequeñas, ya sean supremas o ínfimas; ya sean visibles, como el cielo y la tierra y el mar, y en el cielo el sol y la luna, y las demás estrellas, en la tierra y el mar los árboles y arbustos y los animales de cada naturaleza, y todos los cuerpos ya sean celestiales o terrestres; ya sean invisibles, como los espíritus que animan y vivifican los cuerpos: hizo también al hombre a su imagen; para que así como él por su omnipotencia preside sobre toda la creación, así el hombre por su inteligencia, con la cual también conoce y adora a su Creador, presidiera sobre todos los animales terrenales. También le hizo una ayuda, la mujer: no para la concupiscencia carnal, puesto que entonces no tenían cuerpos corruptibles, antes de que la mortalidad los invadiera como castigo del pecado; sino para que el hombre tuviera gloria de la mujer, cuando la precediera hacia Dios, y se le ofreciera como ejemplo en santidad y piedad; así como él sería la gloria de Dios, cuando siguiera su sabiduría.

30. Así pues, los colocó en un lugar de perpetua bienaventuranza, que la Escritura llama paraíso; y les dio un precepto, que si no lo transgredían, permanecerían siempre en aquella bienaventuranza de inmortalidad: pero si lo transgredían, pagarían con los castigos de la mortalidad. Sin embargo, Dios sabía de antemano que lo transgredirían: pero aun así, porque es el creador y hacedor de todo bien, los hizo, cuando hizo también a las bestias, para llenar la tierra con bienes terrenales. Y sin duda el hombre, incluso pecador, es mejor que la bestia. Y el precepto que no iban a guardar, lo dio más bien para que fueran inexcusables, cuando comenzara a vengarse de ellos. Pues cualquier cosa que haga el hombre, encuentra a Dios loable en sus obras: si actúa rectamente, lo encuentra loable por la justicia de las recompensas; si peca, lo encuentra loable por la justicia de los castigos; si confesando sus pecados vuelve a vivir rectamente, lo encuentra loable por la misericordia de los perdones. ¿Por qué, entonces, no habría de hacer Dios al hombre, aunque supiera de antemano que pecaría, cuando tanto al que se mantiene firme lo coronaría, como al que cae lo ordenaría, y al que se levanta lo ayudaría, siempre y en todo lugar él glorioso por su bondad, justicia, clemencia? especialmente porque también sabía de antemano que de la descendencia de su mortalidad surgirían santos, que no buscarían para sí, sino que darían gloria a su Creador, y al adorarlo, liberados de toda corrupción, merecerían vivir siempre y vivir bienaventuradamente con los ángeles santos. Pues quien dio a los hombres el libre albedrío, para que no adoraran a Dios por necesidad servil, sino por voluntad libre, también lo dio a los ángeles. Y por eso ni el ángel, que con otros espíritus satélites suyos, al enorgullecerse, abandonó la obediencia a Dios y se convirtió en diablo, dañó en nada a Dios, sino a sí mismo: pues Dios sabe ordenar las almas que lo abandonan, y con su justa miseria adornar las partes inferiores de su creación con leyes muy convenientes y congruentes de una admirable disposición. Así pues, ni el diablo dañó en nada a Dios, porque él mismo cayó, o porque sedujo al hombre a la muerte: ni el hombre en algo disminuyó la verdad o el poder o la bienaventuranza de su Creador, porque consintió con su propia voluntad a su esposa seducida por el diablo, en lo que Dios había prohibido. Pues por las justísimas leyes de Dios todos fueron condenados, Dios glorioso por la equidad de la venganza, ellos deshonorados por la vileza del castigo (Génesis 2, 3): para que

el hombre, apartado de su Creador, vencido, se sometiera al diablo, y el diablo, propuesto para ser vencido por el hombre vuelto a su Creador; para que quienes consintieran con el diablo hasta el fin, fueran con él a los castigos eternos; pero quienes se humillaran ante Dios, y por su gracia vencieran al diablo, merecieran premios eternos.

## CAPÍTULO XIX.

31. En la Iglesia hay buenos y malos, que serán separados al final. Dos ciudades desde el principio del género humano. El diluvio y el arca como sacramento. Sobre Abraham y el pueblo israelita. Sus dichos y hechos fueron profecía. Tampoco debe preocuparnos que muchos consientan con el diablo, y pocos sigan a Dios: porque también el trigo en comparación con la paja tiene un número mucho menor. Pero así como el agricultor sabe qué hacer con el inmenso montón de paja, así la multitud de pecadores no es nada para Dios, quien sabe qué hacer con ellos, para que la administración de su reino no se turbe ni se deshonre en ninguna parte. Ni por eso debe pensarse que el diablo ha vencido, porque ha atraído consigo a más, con quienes sería vencido por pocos. Así pues, dos ciudades, una de los inicuos, otra de los santos, se llevan desde el principio del género humano hasta el fin del siglo, ahora mezcladas en los cuerpos, pero separadas en las voluntades, y en el día del juicio también serán separadas en el cuerpo. Pues todos los hombres que aman la soberbia y el dominio temporal con vana arrogancia y pompa de arrogancia, y todos los espíritus que aman tales cosas, y buscan su gloria en la sujeción de los hombres, están unidos en una sola sociedad; pero aunque a menudo luchan entre sí por estas cosas, sin embargo, con igual peso de codicia se precipitan en la misma profundidad, y se unen entre sí por la similitud de costumbres y méritos. Y nuevamente todos los hombres y todos los espíritus que buscan humildemente la gloria de Dios, no la suya, y lo siguen con piedad, pertenecen a una sola sociedad. Y sin embargo, Dios, el más misericordioso, es paciente incluso con los hombres impíos, y les ofrece lugar para el arrepentimiento y la corrección.

32. Pues bien, aunque destruyó a todos con el diluvio, excepto a un justo con los suyos, a quienes quiso salvar en el arca, sabía que no se corregirían: sin embargo, durante los cien años que se construyó el arca, se les predicaba la ira de Dios que vendría sobre ellos (Gén. VI, VII); y si se convirtieran a Dios, Él les perdonaría, como perdonó después a la ciudad de Nínive cuando hizo penitencia, a pesar de haberle anunciado su destrucción a través del profeta (Jonás III). Dios hace esto, incluso con aquellos que sabe que perseverarán en la maldad, dándoles un tiempo para arrepentirse, para ejercitar y formar nuestra paciencia con su ejemplo; para que sepamos cuánto debemos soportar pacientemente a los malos, ya que ignoramos cómo serán en el futuro, cuando Él perdona y permite que vivan, a quien nada de lo futuro le es oculto. Sin embargo, también se prefiguraba en el sacramento del diluvio, donde los justos fueron liberados por medio de la madera, la futura Iglesia que su rey y Dios, Cristo, suspendió del naufragio de este mundo por el misterio de su cruz. Pues Dios no ignoraba que incluso de aquellos que fueron salvados en el arca nacerían malos, que llenarían nuevamente la faz de la tierra con iniquidades: pero aún así dio un ejemplo del juicio futuro y anunció la liberación de los santos por el misterio de la madera. Pues incluso después de esto, la maldad no dejó de resurgir a través del orgullo, las lujurias y las impiedades ilícitas, cuando los hombres, abandonando a su Creador, no solo cayeron en la criatura que Dios creó, para adorar como Dios lo que Dios hizo; sino que también inclinaron sus almas hacia las obras de las manos de los hombres y las artes de los artesanos, donde el diablo y los demonios triunfaban más vergonzosamente sobre ellos; quienes se alegran de ser adorados y venerados en tales ídolos, mientras alimentan sus errores con los errores humanos.

33. Sin embargo, en ese tiempo no faltaron justos que buscaran a Dios piadosamente y vencieran el orgullo del diablo, ciudadanos de aquella santa ciudad, a quienes la futura humildad de su rey Cristo, revelada por el Espíritu, sanó. De entre ellos, Abraham, siervo piadoso y fiel de Dios, fue elegido (Gén. XII), a quien se le mostraría el sacramento del Hijo de Dios, para que por la imitación de su fe todos los fieles de todas las naciones fueran llamados sus hijos. De él nació el pueblo que adoraría al único Dios verdadero que hizo el cielo y la tierra, mientras las demás naciones servían a ídolos y demonios. En ese pueblo, la futura Iglesia fue claramente prefigurada. Pues allí había una multitud carnal, que adoraba a Dios por los beneficios visibles. Pero también había allí unos pocos que pensaban en el descanso futuro y buscaban la patria celestial, a quienes se les revelaba proféticamente la futura humildad de Dios, nuestro rey y Señor Jesucristo, para que por esa fe fueran sanados de todo orgullo y soberbia. La palabra, la vida, los matrimonios, los hijos y las obras de estos santos que precedieron en el tiempo al nacimiento del Señor, fueron profecía de este tiempo, en el que por la fe en la pasión de Cristo se congrega la Iglesia de entre las naciones. A través de esos santos Patriarcas y Profetas, al pueblo carnal de Israel, que después también fue llamado judío, se les ministraban beneficios visibles que deseaban carnalmente del Señor, y coerciones de castigos corporales con los que eran atemorizados temporalmente, como correspondía a su dureza. Y en todas estas cosas se significaban misterios espirituales que se referían a Cristo y a la Iglesia: de la cual eran miembros también aquellos santos, aunque en esta vida fueron antes de que Cristo el Señor naciera según la carne. Pues el mismo unigénito Hijo de Dios, Verbo del Padre, igual y coeterno al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, se hizo hombre por nosotros, para ser la cabeza de toda la Iglesia como de todo el cuerpo. Pero así como todo hombre al nacer, aunque adelante la mano al nacer, sin embargo está unido y compactado al cuerpo entero bajo la cabeza, así también algunos de esos Patriarcas nacieron adelantando la mano como señal de esta misma realidad (Gén. XXV, 25): así todos los santos que estuvieron en la tierra antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, aunque nacieron antes, sin embargo se unieron al cuerpo entero, del cual Él es la cabeza.

## CAPÍTULO XX.

34. La servidumbre de los israelitas en Egipto, y la liberación y el camino por el mar Rojo. Bautismo figurado. El sacrificio del cordero figura de la pasión de Cristo. La ley escrita con el dedo de Dios. Jerusalén tipo de la ciudad celestial. Aquel pueblo llevado a Egipto, sirvió a un rey muy duro; y, educado en trabajos gravísimos, buscó a Dios como liberador: y se les envió uno de su propio pueblo, el santo siervo de Dios Moisés, quien, aterrorizando a la impía nación de los egipcios con grandes milagros en el poder de Dios, sacó de allí al pueblo de Dios por el mar Rojo; donde el agua, al separarse, ofreció un camino a los que pasaban: pero los egipcios, al perseguirlos, fueron sumergidos y destruidos por las olas que volvieron sobre sí mismas. Así como por el diluvio la tierra fue purgada de la maldad de los pecados por las aguas, y los justos escaparon por medio de la madera: así el pueblo de Dios, al salir de Egipto, encontró un camino por las aguas, en las que sus enemigos fueron consumidos. Tampoco allí faltó el sacramento de la madera. Pues Moisés golpeó con la vara para que se realizara aquel milagro. Ambos son signos del santo Bautismo, por el cual los fieles pasan a una nueva vida, y sus pecados, como enemigos, son borrados y mueren. Más claramente, la pasión de Cristo fue figurada en aquel pueblo, cuando se les ordenó matar y comer un cordero, y marcar con su sangre sus puertas, y celebrar esto cada año, y llamarlo Pascua del Señor. Pues la profecía dice manifiestamente del Señor Jesucristo, que fue llevado como cordero al sacrificio (Isaías LIII, 7). De cuya pasión y signo de la cruz hoy eres marcado en la frente como en el dintel, y todos los cristianos son marcados.

35. Luego, aquel pueblo fue conducido por el desierto, durante cuarenta años recibió también la ley escrita con el dedo de Dios (Éxodo I-XX, XXXII, XXXIV; Números XIV, 33, y Deuteronomio XXIX, 5), nombre que significa el Espíritu Santo, como se declara manifiestamente en el Evangelio (Lucas XI, 20). Pues Dios no está definido por forma corporal, ni deben pensarse en Él miembros y dedos como los vemos en nosotros: pero porque por el Espíritu Santo se distribuyen los dones de Dios a los santos, de modo que, aunque puedan cosas diversas, no se aparten de la concordia de la caridad, y en los dedos aparece especialmente una cierta división, sin embargo no una separación de la unidad; ya sea por esto, o por cualquier otra causa, el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios, pero cuando oímos esto, no debe pensarse en la forma de un cuerpo humano. Aquel pueblo recibió, pues, la ley escrita con el dedo de Dios en tablas de piedra, para significar la dureza de su corazón, que no cumplirían la ley. Pues deseando los dones corporales del Señor, eran retenidos más por el temor carnal que por la caridad espiritual: pero la ley no se cumple sino por la caridad. Por eso fueron cargados con muchos sacramentos visibles, para que fueran oprimidos por el yugo servil, en las observancias de alimentos y en los sacrificios de animales, y en otras innumerables cosas: que sin embargo eran signos de cosas espirituales que se referían al Señor Jesucristo y a la Iglesia; que entonces eran entendidas por pocos santos para el fruto de la salvación, y observadas para la congruencia del tiempo, pero por la multitud carnal solo eran observadas, no entendidas.

36. Así, a través de muchos y variados signos de cosas futuras, que sería largo enumerar todas, y que ahora vemos cumplirse en la Iglesia, aquel pueblo fue conducido a la tierra de la promesa, donde reinaría temporal y carnalmente según la medida de su deseo: pero aquel reino terrenal llevaba la imagen del reino espiritual. Allí se fundó Jerusalén, la ciudad de Dios más famosa, sirviendo como signo de la ciudad libre, que se llama Jerusalén celestial (Gálatas IV, 25, 26), palabra hebrea que se interpreta como Visión de paz. De la cual son ciudadanos todos los hombres santificados que han sido, que son, y que serán; y todos los espíritus santificados, incluso cualquiera que en las partes más altas de los cielos obedece a Dios con pía devoción, y no imita la impía soberbia del diablo y sus ángeles. El rey de esta ciudad es el Señor Jesucristo, el Verbo de Dios por el cual son gobernados los ángeles supremos, y el Verbo asumiendo hombre para que también los hombres sean gobernados por Él, quienes todos juntos con Él reinarán en paz eterna. En prefiguración de este rey, en aquel reino terrenal del pueblo de Israel, destacó especialmente el rey David, de cuya descendencia según la carne vendría nuestro verdadero rey, el Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Romanos IX, 5). Muchas cosas se hicieron en aquella tierra de la promesa en figura de Cristo y la Iglesia venideros, que podrás aprender gradualmente en los santos Libros.

## CAPÍTULO XXI.

37. Qué significan la cautividad babilónica y los hechos en ella. Qué tipo de libertad fue devuelta después de la cautividad. Sin embargo, después de algunas generaciones, mostró otro tipo relacionado con el asunto más importante. Pues aquella ciudad fue cautivada, y gran parte de ella llevada a Babilonia. Así como Jerusalén significa la ciudad y sociedad de los santos; así Babilonia significa la ciudad y sociedad de los inicuos, ya que se dice que se interpreta como Confusión. De estas dos ciudades, que desde el principio del género humano hasta el fin del mundo corren mezcladas por la variedad de los tiempos, y que serán separadas en el juicio final, ya hemos hablado un poco antes (Cap. 19). Aquella cautividad de la ciudad de Jerusalén, y aquel pueblo llevado a Babilonia para servir, es ordenado por el Señor a través de Jeremías, el profeta de aquel tiempo. Y surgieron reyes de Babilonia, bajo los cuales servían, quienes por ocasión de ciertos milagros se movieron a conocer y adorar y ordenar

que se adorara al único Dios verdadero, que creó toda la creación (Daniel II-VI, XIV). Se les ordenó también orar por aquellos por quienes eran mantenidos cautivos, y esperar su paz, para engendrar hijos, y construir casas, y plantar huertos y viñas. Pero después de setenta años se les promete liberación de aquella cautividad (Jeremías XXV, XXIX). Todo esto figuradamente significaba que la Iglesia de Cristo en todos sus santos, que son ciudadanos de la Jerusalén celestial, serviría bajo los reyes de este mundo. Pues también la doctrina apostólica dice que toda alma esté sujeta a las potestades superiores; y que se devuelvan a todos todas las cosas; a quien tributo, tributo; a quien impuesto, impuesto (Romanos XIII, 1, 7); y las demás cosas que, salvando el culto a nuestro Dios, devolvemos a los príncipes de la constitución humana; cuando el mismo Señor, para darnos ejemplo de esta sana doctrina, no desdeñó pagar tributo por la cabeza del hombre con la que estaba revestido (Mateo XVII, 26). También se ordena a los siervos cristianos y buenos fieles servir con equidad y fidelidad a sus amos temporales (Efesios VI, 5): a quienes juzgarán, si los encuentran inicuos hasta el fin; o con quienes reinarán igualitariamente, si también ellos se convierten al verdadero Dios. Sin embargo, se ordena a todos servir a las potestades humanas y terrenales, hasta que después del tiempo prefijado, que significan los setenta años, la Iglesia sea liberada de la confusión de este mundo como de la cautividad de Babilonia, como Jerusalén. Por ocasión de cuya cautividad, los mismos reyes terrenales, abandonando los ídolos por los cuales perseguían a los cristianos, han conocido y adoran al único Dios verdadero y al Señor Cristo, por quienes el apóstol Pablo ordena orar, incluso cuando perseguían a la Iglesia. Pues así dice: Ruego, pues, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias, por los reyes, por todos los hombres, y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y sosegada con toda piedad y caridad (I Timoteo II, 1, 2). Así que por ellos se ha dado paz a la Iglesia, aunque temporal, tranquilidad temporal para edificar espiritualmente casas y plantar huertos y viñas. Pues he aquí que ahora te edificamos y plantamos a través de este sermón. Y esto se hace por todo el mundo con la paz de los reyes cristianos, como dice el mismo apóstol: Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Corintios III, 9).

38. Y después de setenta años, que Jeremías profetizó místicamente para prefigurar el fin de los tiempos, sin embargo, para que la figura misma se completara, se realizó en Jerusalén la restauración de la edificación del templo de Dios: pero porque todo se hacía figuradamente, no se devolvió una paz y libertad firme a los judíos. Así que después fueron vencidos por los romanos y hechos tributarios. Desde aquel tiempo en que recibieron la tierra de la promesa y comenzaron a tener reyes, para que no creyeran que en alguno de sus reyes se cumplía lo que se les prometía del libertador Cristo, Cristo fue profetizado más claramente a través de muchas profecías; no solo por el mismo David en el libro de los Salmos, sino también por los demás y grandes y santos profetas, hasta el tiempo de la cautividad en Babilonia: y en la misma cautividad hubo profetas que profetizaron al Señor Jesucristo, el libertador de todos. Y después de que el templo fue restaurado tras los setenta años, los judíos sufrieron tales presiones y calamidades de los reyes de las naciones, que entendieron que aún no había venido el libertador, a quien no entendían que los liberaría espiritualmente, sino que deseaban por la liberación carnal.

## CAPÍTULO XXII.

39. Las edades del mundo son seis. La sexta edad desde la venida de Cristo. Cristo manifestando el Nuevo Testamento de la herencia eterna, enseña con su ejemplo a despreciar lo terrenal. Su nacimiento, vida y muerte. Cumplidas, pues, las cinco edades del mundo, de las cuales la primera es desde el inicio del género humano, es decir, desde Adán, que fue el primer hombre creado, hasta Noé, que construyó el arca en el diluvio (Gén. VI); de ahí la segunda es hasta Abraham, que fue llamado padre de todas las naciones (Gén. XVII, 4), que

imitarían su fe; pero sin embargo de la descendencia de su carne vendría el futuro pueblo de los judíos: que antes de la fe cristiana de las naciones, fue el único entre todos los pueblos de todas las tierras que adoró al único Dios verdadero, de cuyo pueblo vendría el salvador Cristo según la carne. Pues estos son los hitos de dos edades que destacan en los libros antiguos: pero los de las otras tres se declaran también en el Evangelio, cuando se menciona el origen carnal del Señor Jesucristo (Mateo I, 17). Pues la tercera es desde Abraham hasta el rey David: la cuarta desde David hasta aquella cautividad en la que el pueblo de Dios fue llevado a Babilonia: la quinta desde aquella transmigración hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo; desde cuya venida se lleva a cabo la sexta edad: para que ya la gracia espiritual, que entonces era conocida por pocos Patriarcas y Profetas, se manifestara a todas las naciones: para que nadie adorara a Dios sino gratuitamente, no buscando recompensas visibles por su servicio y la felicidad de la vida presente, sino solo la vida eterna, en la que disfrutaría de Dios mismo; para que en esta sexta edad la mente humana se renovara a la imagen de Dios, como el sexto día el hombre fue hecho a la imagen de Dios (Gén. I, 27). Pues entonces también se cumple la ley, cuando no por la codicia de las cosas temporales, sino por la caridad de aquel que mandó, se hacen todas las cosas que mandó. ¿Quién no desearía amar a un Dios justísimo y misericordiosísimo, que amó primero a los hombres más injustos y soberbios, hasta enviar por ellos a su único Hijo, por quien hizo todas las cosas; quien no por un cambio en sí mismo, sino por la asunción de un hombre, se hizo hombre, no solo para vivir con ellos, sino también para ser matado por ellos y por ellos?

40. Así pues, manifestando el nuevo testamento de la herencia eterna, en el que el hombre renovado por la gracia de Dios llevaría una nueva vida, es decir, una vida espiritual; para mostrar primero el antiguo, en el que el pueblo carnal actuando como el hombre viejo, excepto por unos pocos Patriarcas y Profetas inteligentes y algunos santos ocultos, viviendo carnalmente deseaba recompensas carnales del Señor Dios, y las recibía en figura de bienes espirituales: el Señor Cristo, hecho hombre, despreció todos los bienes terrenales, para mostrar que debían ser despreciados; y soportó todos los males terrenales que mandaba soportar: para que ni en aquellos se buscara la felicidad, ni en estos se temiera la infelicidad. Pues nació de una madre que, aunque concibió intacta por un hombre, y permaneció siempre intacta, virgen concibiendo, virgen dando a luz, virgen muriendo, sin embargo estaba desposada con un artesano, extinguió todo orgullo de nobleza carnal. Nacido también en la ciudad de Belén, que entre todas las ciudades de Judea era tan pequeña que aún hoy se llama aldea, no quiso que nadie se gloriara de la sublimidad de ninguna ciudad terrenal. También se hizo pobre, siendo suyo todo, y por quien fueron creadas todas las cosas; para que nadie, al creer en Él, se atreviera a enorgullecerse de las riquezas terrenales. No quiso ser hecho rey por los hombres; porque mostraba el camino de la humildad a los miserables, de quienes la soberbia los había separado de Él: aunque su reino eterno lo testimonia toda la creación. Tuvo hambre, quien alimenta a todos; tuvo sed, por quien se crea toda bebida, y quien es espiritualmente el pan de los hambrientos y la fuente de los sedientos: se fatigó del camino terrenal, quien se hizo a sí mismo el camino para nosotros al cielo: enmudeció y ensordeció ante los que lo injuriaban, por quien el mudo habló y el sordo oyó: fue atado, quien libera de las ataduras de las enfermedades: fue azotado, quien expulsó los azotes de todos los dolores de los cuerpos humanos: fue crucificado, quien puso fin a nuestros tormentos: murió, quien resucitó a los muertos. Pero también resucitó para no morir nunca más, para que nadie aprendiera de Él a despreciar la muerte, como si nunca fuera a vivir.

## CAPÍTULO XXIII.

41. El Espíritu Santo fue enviado el quincuagésimo día después de la resurrección de Cristo. Los judíos se convirtieron por la predicación de los Apóstoles, ardientes en el estudio de la vida evangélica. Las Iglesias entre los Gentiles fueron establecidas por Pablo. Luego de confirmar a los discípulos, habiendo convivido con ellos durante cuarenta días, ascendió al cielo ante sus ojos; y cumplidos cincuenta días desde la resurrección, les envió el Espíritu Santo (pues lo había prometido), por el cual, difundida la caridad en sus corazones, no solo podían cumplir la ley sin carga, sino también con júbilo. Esta fue dada a los judíos en diez mandamientos, lo que llaman el decálogo. Estos se reducen nuevamente a dos, para que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente; y amemos al prójimo como a nosotros mismos. Pues en estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas, como el mismo Señor dijo en el Evangelio (Mat. XXII, 37-40), y lo manifestó con su ejemplo. Pues el pueblo de Israel, desde el día en que celebraron por primera vez la Pascua en imagen, sacrificando y comiendo el cordero, cuya sangre marcó sus puertas para su protección (Éxodo XII); desde ese mismo día se cumplió el quincuagésimo día, y recibieron la ley escrita con el dedo de Dios (Éxodo XIX, XX), por cuyo nombre ya dijimos que se significa el Espíritu Santo (Supra, cap. XX, n. 35): así como después de la pasión y resurrección del Señor, que es la verdadera Pascua, el quincuagésimo día fue enviado el mismo Espíritu Santo a los discípulos: ya no significando corazones duros con tablas de piedra; sino que, estando reunidos en un solo lugar en Jerusalén, de repente se produjo un sonido del cielo, como de un viento impetuoso, y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, y comenzaron a hablar en lenguas, de modo que todos los que venían a ellos reconocían su propia lengua (pues a esa ciudad venían judíos de toda la tierra, dondequiera que estuvieran dispersos, y habían aprendido las diversas lenguas de las diferentes naciones [Hechos II, 1-11]): luego, predicando a Cristo con toda confianza, hacían muchos signos en su nombre, de modo que la sombra de Pedro al pasar tocó a un muerto, y resucitó (Hechos V, 15).

42. Pero cuando los judíos vieron tantos signos realizados en su nombre, a quien crucificaron en parte por envidia, en parte por error, algunos se irritaron para perseguir a sus predicadores, los Apóstoles, mientras que otros, admirando aún más que en su nombre, a quien habían ridiculizado como oprimido y vencido por ellos, se realizaban tantos milagros, se convirtieron arrepentidos y creyeron en él miles de judíos. Ya no eran aquellos que deseaban beneficios temporales y un reino terrenal de Dios, ni esperaban carnalmente al Cristo rey prometido: sino que, entendiendo y amando inmortalmente a aquel que por ellos sufrió tanto mortalmente, y les perdonó sus pecados hasta su propia sangre, y les mostró que debían esperar y desear la inmortalidad por el ejemplo de su resurrección. Así que, ya mortificando los deseos terrenales del hombre viejo, y ardientes en la novedad de la vida espiritual, como el Señor había mandado en el Evangelio, vendían todo lo que tenían, y ponían el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles, para que ellos distribuyeran a cada uno según su necesidad (Hechos II, 44, y IV, 34): y viviendo en amor cristiano en concordia, no decían que algo era suyo, sino que todo era común entre ellos, y un alma y un corazón en Dios (Hechos IV, 32-35). Luego, también ellos sufrieron persecución de los judíos carnales, sus conciudadanos de la carne, y fueron dispersados, para que Cristo fuera predicado más ampliamente por su dispersión, e imitaran también ellos la paciencia de su Señor: porque quien los había sufrido mansamente, les mandaba sufrir mansos por él.

43. Entre esos perseguidores de los santos estaba también el apóstol Pablo, y era especialmente feroz contra los cristianos: pero después de creer y hacerse apóstol, fue enviado a predicar el Evangelio a los Gentiles, sufriendo cosas más graves por el nombre de Cristo de las que había hecho contra el nombre de Cristo. Estableciendo Iglesias entre todas

las naciones donde sembraba el Evangelio, ordenaba con insistencia que, ya que ellos venían del culto a los ídolos, y eran inexpertos en adorar a un solo Dios, no podían fácilmente servir a Dios vendiendo y distribuyendo sus bienes, hicieran ofrendas para los pobres de los santos que estaban en las Iglesias de Judea, que habían creído en Cristo: así los constituyó con la doctrina apostólica, aquellos como soldados, y estos como provinciales asalariados; insertando en ellos a Cristo como piedra angular, como había sido anunciado por el profeta, en quien ambos muros, viniendo de diferentes partes, de judíos y de gentiles, se unieran en genuino amor (Salmo CXVII, 22, e Isaías XXVIII, 16). Pero después surgieron persecuciones más graves y frecuentes de las naciones incrédulas contra la Iglesia de Cristo, y se cumplía cada día la palabra del Señor que predijo, He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos (Mat. X, 16).

#### CAPÍTULO XXIV.

44. La Iglesia brota como una vid, y es podada. De lo que se ve cumplido, se debe creer lo que está predicho que resta por cumplirse, especialmente el juicio futuro. Pero esa vid que por todo el mundo, como había sido profetizado sobre ella, y anunciado por el mismo Señor, extendía sus sarmientos fructíferos, cuanto más brotaba, más era regada con la abundante sangre de los mártires. Con innumerables de ellos muriendo por la verdad de la fe en todas las tierras, incluso los mismos reinos perseguidores cedieron, y con el cuello de la soberbia quebrado, se convirtieron al conocimiento y veneración de Cristo. Pero era necesario que esa misma vid, como había sido predicho repetidamente por el Señor, fuera podada, y de ella se cortaran los sarmientos infructuosos (Juan XV, 2), por los cuales se hicieron herejías y cismas en lugares, bajo el nombre de Cristo, no buscando su gloria, sino la suya propia, por cuyas adversidades la Iglesia se ejercitara más y más, y se probara e iluminara tanto su doctrina como su paciencia.

45. Por tanto, todas estas cosas, como leemos que fueron predichas hace tanto tiempo, así también las conocemos realizadas: y así como los primeros cristianos, porque aún no veían que estas cosas hubieran sucedido, se movían por los milagros para creer; así nosotros, porque todas estas cosas se han cumplido tal como las leemos en los Libros, que fueron escritos mucho antes de que se cumplieran, donde se decían todas las cosas futuras, y ahora se ven presentes, somos edificados en la fe, para que también aquellas que restan, esperando y perseverando en el Señor, creamos sin duda que vendrán. Pues aún se leen en las mismas Escrituras tribulaciones futuras, y el mismo último día del juicio, donde todos los ciudadanos de ambas ciudades, recibiendo sus cuerpos, resucitarán, y darán cuenta de su vida ante el tribunal de Cristo juez. Porque vendrá en la claridad de su poder, quien antes se dignó venir en la humildad de su humanidad; y separará a todos los piadosos de los impíos: no solo a aquellos que no quisieron creer en él en absoluto, sino también a aquellos que creyeron en él en vano e infructuosamente; a estos les dará el reino eterno con él, y a aquellos el castigo eterno con el diablo. Pero así como ninguna alegría de las cosas temporales puede encontrarse en alguna parte similar a la alegría de la vida eterna, que los santos recibirán; así ningún tormento de los castigos temporales puede compararse con los eternos tormentos de los inicuos.

#### CAPÍTULO XXV.

46. Se recomienda la fe en la resurrección. Muerte perpetua en tormentos. Vida eterna de los santos. Hay que cuidarse no solo de los paganos, judíos y herejes, sino también de los malos cristianos. La sociedad debe ser con los buenos; sin embargo, no se debe poner la esperanza en ellos. Por tanto, hermano, fortalécete en el nombre y la ayuda de aquel en quien crees,

contra las lenguas de aquellos que se burlan de nuestra fe, de quienes el diablo habla palabras seductoras, queriendo principalmente ridiculizar la fe en la resurrección. Pero cree de ti mismo que serás cuando no eras, ahora ves que eres. Pues ¿dónde estaba esta masa de tu cuerpo y esta forma y estructura de miembros hace pocos años, antes de que nacieras, o incluso antes de que fueras concebido en el vientre de tu madre? ¿Dónde estaba esta masa y esta estatura de tu cuerpo? ¿No salió de los secretos ocultos de esta creación, siendo formado invisiblemente por el Señor Dios, a la luz, y con ciertos incrementos de edad se elevó a esta magnitud y forma? ¿Acaso es difícil para Dios, quien también en un momento contrae los montones de nubes desde lo oculto, y cubre el cielo en un instante, devolver esta cantidad de tu cuerpo como era, quien pudo hacerla como no era? Cree, por tanto, firmemente y sin vacilar que todas las cosas que parecen ser retiradas de la vista humana al perecer, están a salvo e íntegras en la omnipotencia de Dios; quien cuando quiera, sin demora ni dificultad, las restaurará, solo aquellas que su justicia juzga que deben ser restauradas: para que en estos cuerpos los hombres den cuenta de sus hechos, en los que los hicieron; y en estos merezcan o la transformación de la incorruptibilidad celestial por los méritos de la piedad, o la condición corruptible del cuerpo por los méritos de la iniquidad, no que se disuelva con la muerte, sino que proporcione materia para dolores eternos.

47. Huye, por tanto, por la fe inamovible y las buenas costumbres, huye, hermano, de esos tormentos, donde ni los torturadores se cansan, ni los torturados mueren; donde la muerte es sin fin, no poder morir en los tormentos. Y enciéndete con amor y deseo de la vida eterna de los santos, donde la acción no será laboriosa, ni el descanso ocioso; será la alabanza de Dios sin hastío, sin defecto: ningún tedio en el alma, ningún trabajo en el cuerpo; ninguna necesidad, ni tuya a la que desees que se le ayude, ni del prójimo a quien te apresures a ayudar. Todas las delicias serán Dios y la saciedad de la santa ciudad viviendo sabiamente y felizmente en él y de él. Pues seremos, como esperamos y esperamos de su promesa, iguales a los ángeles de Dios (Luc. XX, 36), y con ellos disfrutaremos igualmente de esa Trinidad ya por visión, en la que ahora caminamos por fe (II Cor. V, 7). Porque creemos lo que no vemos, para que por los mismos méritos de la fe también merezcamos ver lo que creemos y adherirnos; para que la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y la unidad de esa misma Trinidad, cómo estos tres son un solo Dios, no ya lo proclamemos con palabras de fe y sílabas sonoras, sino que lo sorbamos en la contemplación purísima y ardentísima en ese silencio.

48. Mantén estas cosas fijas en tu corazón, e invoca a Dios en quien crees, para que te proteja contra las tentaciones del diablo: y sé cauteloso, no sea que ese enemigo te sorprenda de otra manera, quien busca con el más malicioso consuelo de su condenación, con quienes será condenado. Pues no solo por aquellos que odian el nombre cristiano, y se duelen de que el mundo esté ocupado por ese nombre, y aún desean servir a los ídolos y las curiosidades de los demonios, se atreve a tentar a los cristianos: sino también por aquellos que mencionamos poco antes, cortados de la unidad de la Iglesia, como sarmientos podados de la vid, que se llaman herejes o cismáticos, intenta también a veces. Pero también intenta a veces tentar y seducir por los judíos. Pero sobre todo hay que tener cuidado de no ser tentado y engañado por los hombres que están en la misma Iglesia católica, a quienes como paja soporta hasta el tiempo de su ventilación, para que cada uno no sea tentado y engañado. Por eso Dios es paciente con ellos, para que también la fe y la prudencia de sus elegidos se ejerciten y confirmen por su perversidad; y porque de su número muchos progresan, y para agradar a Dios, compadecidos de sus almas, se convierten con gran ímpetu. Pues no todos se acumulan para sí mismos ira con la paciencia de Dios en el día de la ira de su justo juicio: sino que muchos son llevados por la misma paciencia del Omnipotente al dolor más saludable del

arrepentimiento (Rom. II, 5, 4). Hasta que eso suceda, se ejercita por ellos no solo la tolerancia, sino también la misericordia de aquellos que ya siguen el camino recto. Por tanto, verás a muchos borrachos, avaros, defraudadores, jugadores, adúlteros, fornicadores, atándose remedios sacrílegos, entregados a encantadores y matemáticos o a cualquier arte impía de adivinación. También observarás que esas multitudes llenan las iglesias en los días festivos de los cristianos, que llenan los teatros en los días solemnes de los paganos; y al ver esto serás tentado a imitar. ¿Y qué diré, verás, que incluso ahora ya sin duda conoces? pues no ignoras que muchos que se llaman cristianos, hacen todas estas malas obras que brevemente mencioné. Y tal vez no ignoras que algunos hombres hacen cosas aún más graves, a quienes conoces como llamados cristianos. Pero si has venido con este ánimo, para hacer tales cosas como si estuvieras seguro, te equivocas mucho: y no te servirá de nada el nombre de Cristo, cuando comience a juzgar con la mayor severidad, quien primero se dignó socorrer con la mayor misericordia. Pues predijo estas cosas, y dijo en el Evangelio: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre. Muchos me dirán en aquel día, Señor, Señor, en tu nombre comimos y bebimos (Mat. VII, 21, 22). Por tanto, para todos los que perseveran en tales obras, la condenación es el fin. Cuando veas, por tanto, a muchos no solo hacer estas cosas, sino también defenderlas y persuadir las, aférrate a la ley de Dios, y no sigas a sus transgresores. Pues no serás juzgado según su sentido, sino según su verdad.

49. Únete a los buenos, a quienes ves amar contigo a tu rey. Pues encontrarás a muchos, si también tú comienzas a ser tal. Porque si en los espectáculos deseabas estar con ellos y adherirte a ellos, que contigo amaban ya sea a un auriga, o a un cazador, o a algún actor; ¿cuánto más debe deleitarte la unión de aquellos que contigo aman a Dios, de quien nunca se avergonzará su amante, porque no solo él no puede ser vencido, sino que también hará invictos a sus amantes? Sin embargo, tampoco debes poner tu esperanza en esos buenos, que te preceden o te acompañan hacia Dios, porque ni siquiera en ti mismo debes, por mucho que prograses, sino en aquel que los justifica a ellos y a ti haciéndolos tales. Pues estás seguro de Dios, porque no cambia: pero de un hombre nadie prudentemente está seguro. Pero si debemos amar a aquellos que aún no son justos, para que lo sean; ¿cuánto más ardientemente deben ser amados aquellos que ya lo son? Pero una cosa es amar al hombre, otra cosa es poner la esperanza en el hombre; y hay tanta diferencia, que Dios manda aquello, y prohíbe esto. Pero si no desfalleces en la fe, ni te desvías de la buena vía, habiendo sufrido algunas injurias o tribulaciones por el nombre de Cristo, recibirás una mayor recompensa: pero quienes en estas cosas cedan al diablo, también pierden la menor. Pero sé humilde ante Dios, para que no permita que seas tentado más allá de tus fuerzas.

## CAPÍTULO XXVI.

50. Iniciación del catecúmeno, con exposición de los signos. A veces se debe emplear un discurso más breve. Comienza otro discurso más breve. El Hijo de Dios fue enviado, para que fuéramos liberados de la muerte que entró por Adán. Dicho esto, debe ser interrogado si cree y desea observar estas cosas. Cuando responda, debe ser solemnemente signado y tratado según la costumbre de la Iglesia. Sobre el sacramento que recibe, cuando se le haya explicado bien, que son signos visibles de cosas divinas, pero que las cosas mismas invisibles son honradas en ellos; y que no debe tenerse esa especie santificada por la bendición, como se tiene en cualquier uso: también debe decirse qué significa ese discurso que escuchó, qué condimenta en él, cuya cosa lleva semejanza. Luego debe ser advertido en esta ocasión, que si escucha algo en las Escrituras que suene carnalmente, aunque no lo entienda, crea sin embargo que algo espiritual se significa, que se refiere a las santas costumbres y a la vida futura. Esto lo aprende brevemente, para que todo lo que escuche de los Libros canónicos que

no pueda referir al amor de la eternidad y la verdad y la santidad, y al amor del prójimo, crea que está dicho o hecho figuradamente; y así intente entenderlo, para que lo refiera a ese doble amor. Así, por supuesto, que no entienda carnalmente al prójimo, sino a todo aquel que puede estar con él en esa santa ciudad, ya sea que ya aparezca o aún no: y para que no desespere de la corrección de ningún hombre, a quien ve vivir por la paciencia de Dios, no por otra cosa, como dice el Apóstol, sino para que sea llevado al arrepentimiento (Rom. II, 4).

51. Si este discurso te parece largo, aunque puedes decirlo más brevemente, no creo que deba ser más largo: aunque mucho depende de lo que la misma cosa, cuando se hace, aconseje, y de lo que la presencia de los oyentes no solo muestre que puede soportar, sino también que desea. Pero cuando se necesita rapidez, ve cuán fácilmente se puede explicar toda la cosa. Haz que nuevamente esté presente alguien que quiera ser cristiano: por tanto, y preguntado, aquello que respondió antes; porque incluso si no responde esto, debe decirse que debió responder esto. Luego, de esta manera, se deben tejer las demás cosas.

52. Verdaderamente, hermano, esa es la gran y verdadera bienaventuranza, que se promete a los santos en el futuro siglo. Pero todas las cosas visibles pasan, y toda la pompa y delicias y curiosidad de este siglo perecerán, y arrastrarán consigo a la perdición a sus amantes. De la cual perdición, es decir, de los castigos eternos, Dios misericordioso queriendo liberar a los hombres, si no son enemigos de sí mismos, y no resisten a la misericordia de su Creador, envió a su Hijo unigénito, es decir, su Verbo igual a él, por quien creó todas las cosas. Y permaneciendo en su divinidad, y no alejándose del Padre, ni cambiando en nada, sin embargo, asumiendo al hombre, y apareciendo a los hombres en carne mortal, vino a los hombres: para que así como por un hombre que fue hecho primero, es decir, Adán, la muerte entró en el género humano, porque consintió a su mujer seducida por el diablo, para que transgredieran el mandamiento de Dios; así por un hombre que también es Dios, el Hijo de Dios, Jesucristo, borrados todos los pecados pasados, todos los que creen en él entren en la vida eterna (Rom. V, 12-19).

## CAPÍTULO XXVII.

53. Las profecías del Antiguo Testamento se ven cumplidas en la Iglesia. De aquí se fortalece la fe en lo que aún está por venir, el juicio final y la resurrección. Deben evitarse las tentaciones de los males que también se encuentran en la Iglesia. Sociedad con los buenos. Toda esperanza en Dios. Pues todo lo que ahora ves en la Iglesia de Dios, y bajo el nombre de Cristo llevado por todo el mundo, ya fue predicho hace siglos, y así como lo leemos, así lo vemos; y de ahí nos edificamos en la fe. Hubo una vez un diluvio por toda la tierra, para que los pecadores fueran destruidos: y sin embargo, aquellos que se salvaron en el arca, mostraban el sacramento de la futura Iglesia, que ahora navega en las olas del mundo, y es liberada de la inmersión por la madera de la cruz de Cristo. Se predijo a Abraham, fiel siervo de Dios, a un solo hombre, que de él nacería un pueblo que adoraría a un solo Dios entre las demás naciones que adoraban ídolos: y todo lo que se predijo que vendría a ese pueblo, sucedió tal como se predijo. También se profetizó en ese pueblo que Cristo, rey de todos los santos y Dios, vendría de la descendencia de Abraham según la carne, que asumió, para que todos también fueran hijos de Abraham, quienes imitaran su fe; y así fue hecho: Cristo nació de María virgen, que era de esa estirpe. Se predijo por los Profetas que sufriría en la cruz por el mismo pueblo de los judíos, de cuyo linaje venía según la carne; y así fue hecho. Se predijo que resucitaría; resucitó: y según las mismas profecías de los Profetas ascendió al cielo, y envió el Espíritu Santo a sus discípulos. Se predijo no solo por los Profetas, sino también por el mismo Señor Jesucristo, que su Iglesia estaría por todo el mundo, diseminada por los

martirios y sufrimientos de los santos; y se predijo entonces, cuando aún su nombre era desconocido para las naciones, y donde era conocido era ridiculizado: y sin embargo, en las virtudes de sus milagros, ya sea los que hizo por sí mismo, o los que hizo por sus siervos, mientras se anuncian y se creen, ya vemos que lo predicho se ha cumplido, y los mismos reyes de la tierra, que antes perseguían a los cristianos, ya están sometidos al nombre de Cristo. También se predijo que cismas y herejías saldrían de su Iglesia, y bajo su nombre, donde pudieran, buscarían su propia gloria, no la de Cristo; y esto se ha cumplido.

54. ¿Acaso no vendrán entonces las cosas que aún faltan? Es evidente que así como estas predicciones se cumplieron, también vendrán aquellas: cualesquiera tribulaciones de los justos que aún queden; y el día del juicio, que separará a todos los impíos de los justos en la resurrección de los muertos; y no solo a aquellos que están fuera de la Iglesia, sino también a la paja de la misma Iglesia, que debe soportarse pacientemente hasta la última ventilación, los separará para el fuego debido. Pero aquellos que se burlan de la resurrección, pensando que esta carne, porque se pudre, no puede resucitar, resucitarán para el castigo en ella: y Dios les mostrará que quien pudo hacer estos cuerpos antes de que existieran, puede restaurarlos en un instante tal como eran. Todos los fieles, sin embargo, reinarán con Cristo, resucitarán en el mismo cuerpo, de modo que también merezcan ser transformados a la incorruptibilidad angélica: para que sean iguales a los Ángeles de Dios, como el mismo Señor prometió (Luc. XX, 36); y lo alaben sin ningún defecto y sin ningún hastío, viviendo siempre en Él y de Él, con tal gozo y bienaventuranza, que no puede ser dicho ni pensado por el hombre.

55. Tú, por lo tanto, creyendo en estas cosas, evita las tentaciones (porque el diablo busca quién perezca con él): para que no solo por aquellos que están fuera de la Iglesia, ya sean paganos, judíos o herejes, no te seduzca ese enemigo; sino también a quienes veas viviendo mal en la misma Iglesia católica, ya sea desmedidos en los placeres del vientre y la garganta, o impúdicos, o dados a curiosidades vanas o ilícitas, ya sea de espectáculos, remedios o adivinaciones diabólicas, o en la pompa y soberbia de la avaricia y el orgullo, o en alguna vida que la ley condena y castiga, no los imites: sino más bien únete a los buenos, que encontrarás fácilmente, si tú también eres así; para que juntos cultiven y amen a Dios gratuitamente: porque Él mismo será toda nuestra recompensa, para que en esa vida disfrutemos de su bondad y belleza. Pero debe ser amado, no como algo que se ve con los ojos; sino como se ama la sabiduría, la verdad, la santidad, la justicia, la caridad, y si se dice algo más así: no como son estas cosas en los hombres; sino como son en la misma fuente de sabiduría incorruptible e inmutable. Por lo tanto, a quienes veas amar estas cosas, únete a ellos, para que por Cristo, que se hizo hombre para ser Mediador entre Dios y los hombres, te reconcilies con Dios. Sin embargo, no pienses que los hombres perversos, aunque entren en los muros de la iglesia, entrarán en el reino de los cielos; porque a su tiempo serán separados, si no se transforman para mejor. Por lo tanto, imita a los hombres buenos, tolera a los malos, ama a todos; porque no sabes qué será mañana quien hoy es malo. Ni ames su injusticia; sino ámalos para que alcancen la justicia: porque no solo se nos ha mandado el amor a Dios, sino también el amor al prójimo, en estos dos mandamientos se sostiene toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40). Lo cual no cumple sino quien ha recibido el don del Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo; porque esa misma Trinidad es Dios: en quien debe ponerse toda esperanza. No debe ponerse en el hombre, sea quien sea. Pues una cosa es aquel por quien somos justificados, otra aquellos con quienes somos justificados. Sin embargo, el diablo no solo tienta por los deseos, sino también por los terrores de las injurias y los dolores y de la misma muerte. Pero cualquier cosa que el hombre sufra por el nombre de Cristo, y por la esperanza de la vida eterna, y la soporte permaneciendo, se le dará una mayor recompensa: pero si cede al diablo, será condenado con él. Pero las obras de misericordia con pía humildad obtienen

del Señor, que no permita que sus siervos sean tentados más de lo que pueden soportar (I Cor. X, 13).